

**Audiolibro La Embriaguez De La
Metamorfosis Stefan Zweig 3 5**

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Philip Oliver (Williamsville)** - - - - Las confidencias siempre resultan peligrosas, porque un secreto confiado a un extraño disuelve precisamente la extrañeza. Uno se desprende de algo y con este algo, de una ventaja. En efecto, la mirada dura y deseante enseguida se torna familiar: — ¡Conque se ha fugado! Sin la preceptiva autorización. Usted no tema, que no la voy a delatar, yo no... Pero ahora que llevo una hora sin mover el esqueleto, no la soltaré, no, ni pensarlo. Quien dice A, debe decir también B, o sea que si ha bajado sin permiso, deberá quedarse ahora sin permiso. — ¡Qué dice! Imposible. Al final bajará incluso la tía. No puede ser. —Pues entonces vamos a constatar oficialmente si la tía ya duerme. ¿Conoce usted las ventanas? — ¿Por qué? —Pues muy sencillo... Si están oscuras las ventanas, será porque la tía duerme. Y quien ya se ha desvestido y está tumbado en la cama, no se viste expresamente para ver cómo se porta la niña. Por Dios, cuántas veces salimos de la residencia estudiantil de la universidad técnica tras haber aceitado bien las llaves y haber bajado en calcetines hasta el vestíbulo. Una noche así era siete veces más divertida que las solemnemente autorizadas. Así que, ¡adelante! ¡A la pesquisa! Christine sonrío sin querer; con qué soltura y facilidad se resuelven aquí las dificultades. La tendencia infantil a la travesura la incita a engañar a sus severos guardianes. Pero es preferible no ceder con excesiva rapidez, piensa. — ¡Imposible! No puedo salir así al frío. No llevo abrigo. —Pues eso tiene solución. Un momento —dice el hombre, se precipita a la guardarropía y coge su abrigo de tela del Ulster, que cuelga allí suave y lanoso—. ¡Ya le irá bien, o sea que póngaselo! «Pero cómo hago para...», piensa Christine y, sin embargo, deja de pensar en lo que debe hacer, porque él ya le ha introducido un brazo en la manga del suave abrigo, y cualquier resistencia resultaría ahora infantil, de modo que riendo con una alegría pícaro y placentera se pone aquella prenda extraña y masculina. —No por la salida principal —aconseja él riendo detrás de Christine, que ya va abrigada—, sino por esta puerta lateral, y ahora mismo haremos la visita a la ventana de la tía. —Pero de verdad, sólo un momento —dice ella y siente, no bien ha entrado en la oscuridad, un brazo que la coge con un gesto del todo natural. —A ver, ¿dónde están esas ventanas? —En la segunda planta, a la izquierda. Es la habitación de la esquina, la del balcón. —Oscuro, oscuro como boca de lobo. ¡Hurra! Pues bien, ahora asumo yo la dirección. En primer lugar, volvamos al salón. — ¡No, de ninguna manera! Si lord Elkins u otra persona me viera allí, lo contaría mañana, y están realmente enfadados conmigo... No, subiré ahora mismo. —Pues entonces iremos a otro sitio, al bar de Sankt Moritz. En diez minutos llegaremos allí en coche. Allí no la conoce nadie y nadie podrá delatarla. —Pero ¡qué dice! ¡Vaya ideas que tiene! Si alguien me viera subirme al coche... durante dos semanas no se hablaría de otra cosa en el hotel. —Tranquila, que de eso ya me encargo yo. Por supuesto que no se va a subir usted oficialmente delante de la puerta del hotel donde la ilustre dirección del establecimiento tiene encendidas catorce lámparas de arco voltaico. Usted se adelanta unos cuarenta pasos por aquel sendero del bosque, yo la recojo en un minuto con el coche y en quince minutos habremos llegado a nuestro destino. O sea que asunto resuelto. Christine no cesa de sorprenderse de la facilidad con que se arreglan aquí las cosas. Su resistencia ya empieza a mostrar signos de aprobación. —A usted le parece muy fácil. —Fácil o no, así es y así se hará. Ahora mismo voy y mando poner en marcha el coche. Entretanto, usted se adelanta. Ella vuelve a intervenir titubeando, pero su oposición ya casi no se percibe. —Pero ¿cuándo volvemos? —A medianoche a más tardar. — ¿Palabra de honor? —Palabra de honor. Una palabra de honor siempre sirve a la mujer de barandilla para agarrarse antes de caer. —De acuerdo, confío en usted. —Siempre a mano izquierda hasta llegar a la carretera, y no se le ocurra pasar por debajo de las lámparas de arco voltaico. En un minuto vengo a buscarla. Mientras avanza en la dirección indicada (¿por qué le obedezco?), piensa que debería... Debería... pero no puede seguir pensando ni recuerda ya lo que debería hacer porque le intriga el nuevo juego consistente en avanzar con sigilo en la oscuridad como si fuese una indígena envuelta en el abrigo de un hombre, en salir una vez más de su vida visible y experimentar

otra metamorfosis, en convertirse una vez más en otra, en alguien desconocida para ella. Sólo espera un instante a la sombra del bosque: dos anchos dedos de luz ya tantean la carretera, dos faros encendidos se pasean, plateados, entre los abetos, y su guía ya la ha descubierto por lo visto, porque las luces intensas y deslumbrantes se apagan de golpe, el coche negro y robusto frena chirriando y se detiene a escasa distancia de ella. También se apagan discretamente las luces interiores y sólo el brillo azul del velocímetro dibuja un pequeño círculo de color en las tinieblas. La repentina oscuridad sorprende de tal manera a Christine después del chorro de luz de hace un instante que no logra distinguir nada, pero entonces se abre la puerta, sale una mano, la ayuda a subirse, el picaporte hace ruido al cerrarse detrás de ella; todo sucede de modo vertiginoso y romántico, a una velocidad fantasmagórica, como si ocurriera en una película; antes de tener tiempo para tomar aliento o para decir algo, el coche vuelve a arrancar, y en el momento mismo del impulso que empuja su cuerpo hacia atrás ya se siente tocada y abrazada. Quiere oponer resistencia y muestra temerosa la espalda del chófer sentado ante ellos al volante, rígido e inmóvil como una pequeña montaña; siente vergüenza ante este testigo cercano y, por otra parte, es consciente de que precisamente su presencia la protege de las últimas consecuencias. Pero el hombre que tiene a su lado no le responde ni una palabra. Christine sólo siente que le abraza, cálido y ansioso, el cuerpo, siente las manos que tocan las suyas y luego los brazos y los pechos, y después una boca extraña, violenta e imperiosa que busca la suya y abre, húmeda y ardiente, los labios que ceden poco a poco. Christine ha esperado y deseado todo esto de manera inconsciente: ser tocada con fuerza, la persecución desesperada de los besos en cuello, hombros y mejillas, el estigma ardiente ora aquí, ora allá, en la piel que se agita. A todo esto, la obligación de guardar silencio ante el testigo aumenta de alguna manera la embriaguez del juego apasionado. Con los ojos cerrados, sin palabra ni voluntad de defenderse, se deja absorber los gemidos de la boca y disfruta del placer de los labios, proveniente del cuerpo que tiembla y se empina. Todo ello dura un rato imposible de determinar, en un más allá del espacio y del tiempo, y sólo concluye cuando, tras un claro bocinazo de advertencia del chófer, el coche entra en la calle iluminada y se detiene ante el bar del gran hotel. Christine se apea tambaleándose, confusa y avergonzada, y se arregla de paso el vestido arrugado y el pelo enmarañado por la plétora de besos. ¿Se darán cuenta? No, nadie la mira de manera ostensible en el bar lleno y semioscuro: cortésmente la acompañan a una mesa. Toma conciencia de algo nuevo: qué secreto opaco puede ser la vida de una mujer, con qué maestría cubre la máscara de la actitud social incluso la emoción apasionada. Jamás habría imaginado que, con la piel todavía abrasada por los besos, pudiera sentarse recta, fría, clara y tranquila al lado de un hombre y conversar relajadamente con su pechera bien almidonada, cuando hace dos minutos aún sentía esos labios y esos dientes duros y apretados y se doblaba bajo el ímpetu de su abrazo, y ninguno de los presentes intuye nada en absoluto. ¿Cuántas mujeres han fingido así en mi presencia, piensa Christine asustada, cuántas de las que conocía en casa y en el pueblo? Todas llevaban una doble vida, una vida múltiple, secreta y manifiesta, mientras yo, cándida y boba, me tomaba como ejemplo su discreción. En eso siente que las rodillas del hombre la tocan expresivamente bajo la mesa. Su mirada enseguida se desborda y ve, como si fuese por vez primera, aquella cara dura, morena, enérgica, de boca autoritaria bajo la barba cuidadosamente afeitada y siente que los ojos la penetran y la saludan. De forma involuntaria, se enciende el orgullo de Christine. Este hombre firme y viril me quiere, solamente me quiere a mí, y sólo yo lo sé. — ¿Bailamos? — pregunta él. — Sí — responde ella, y hay algo más en ese «sí». Por primera vez el baile no basta y el contacto moderado sólo supone el presentimiento impaciente de un abrazo más apasionado y desenfrenado; y Christine debe contenerse para no traicionarse. Bebe uno o dos cócteles precipitadamente, con los labios abrasados por los besos, por los recibidos y los deseados. Al final ya no soporta seguir sentada entre la gente. — Tenemos que ir a casa — dice. — Como tú quieras. Por primera vez oye su «tú», que tiene el efecto de un ligero golpe en el corazón; al subir al coche, cae en sus brazos con un gesto del todo natural. Palabras insistentes se mezclan ahora con los besos. Que vaya a su habitación aunque sólo sea por una hora, que su cuarto está en la misma planta, que nadie del personal permanece despierto a estas horas. Christine absorbe las súplicas apasionadas como si fuesen fuego líquido. Aún tengo tiempo de defenderme, piensa confusa mientras ya la inunda la ola. No habla ni contesta y sólo recibe, abierta, la afluencia de esas palabras que oye por primera vez de boca de un hombre. El automóvil se detiene en el mismo lugar donde la recogió. La espalda del chófer permanece inmóvil mientras ella se apea del coche. Vuelve sola al hotel, las lámparas ya están apagadas delante de la entrada, y ella atraviesa el vestíbulo a toda prisa. Sabe que la seguirá y ya lo oye acercarse, subiendo las escaleras de tres en tres con agilidad deportiva. Enseguida me atraparé, siente Christine, y de pronto la coge un miedo loco y confuso. Empieza a correr y guarda la distancia entre ellos: abre la puerta, entra de un brinco y echa el cerrojo. Se tira en una silla y suelta un único respiro de júbilo: ¡salvada! ¡Salvada, salvada! Todavía le tiemblan las articulaciones: un minuto más, y habría sido demasiado tarde. Es terrible cuán frágil, débil e insegura me sentía; cualquiera podría haberme poseído en un momento así, que no he conocido nunca. Y eso que antes estaba del todo segura. . . ¡Es terrible cómo te agita y te pone nerviosa! Por fortuna tuve la

energía suficiente para entrar a tiempo y cerrarle la puerta en las narices, pues Dios sabe lo que habría pasado. Se despoja de la ropa a toda prisa en la oscuridad, mientras el corazón late con fuerza. Pero cuando yace ya en la cama con los ojos cerrados, los miembros blandos por el cálido abrazo de los pulmones, la piel sigue temblando por la excitación que sólo remite poco a poco. Tontería, piensa, ¿a qué tanto miedo? Veintiocho años, y seguir conteniéndose y negándose, esperando y dudando y temiendo. ¿Por qué me contengo y por quién? Mi padre se contenía y mi madre y yo, todos, todos nos contuvimos en los años horribles mientras los otros vivían; nunca he tenido valor para nada, ¿y quién nos ha premiado por ello? De pronto te sientes vieja y marchita y mueres y no sabes nada, no has vivido ni conocido, y allá empieza de nuevo la vida miserable y horriblemente estrecha, mientras que aquí está todo y hay que cogerlo, pero me da miedo, y me encierro y me contengo como una adolescente, cobarde, cobarde y estúpida. ¡Tontería! ¿No debería correr el cerrojo?... Tal vez... No, no, hoy no. ¡Aún me quedan ocho, catorce días aquí, todo un tiempo maravilloso e infinito! No, ya no seré tan estúpida y cobarde, cogeré todo, disfrutaré todo, todo, todo... Y con una sonrisa, con los brazos extendidos, los labios entreabiertos con suavidad y dispuestos a recibir un beso, Christine se duerme y no sabe que es su último día, su última noche en este mundo superior. Quien siente con intensidad, observa poco: las personas felices son malos psicólogos. Sólo quien está intranquilo tensa los sentidos hasta conseguir la máxima agudeza; el instinto del peligro lo vuelve listo hasta el punto de superar su inteligencia natural. Y había alguien para quien, sin que Christine supiera nada, su presencia suponía desde hacía tiempo un peligro y una fuente de inquietud. La muchacha de Mannheim, que pensaba de una manera enérgica y perseverante y cuya locuacidad solicita Christine tomaba cándidamente por amistad, se sentía amargada por el triunfo social de la señorita Von Boolean. Antes de la llegada de esta sobrina de los norteamericanos, el ingeniero la había cortejado con insistencia y le había insinuado intenciones serias que hasta le permitieron vislumbrar la posibilidad de un matrimonio. No había ocurrido nada esencial, pero sólo faltaban quizás unos días y una hora elegida con habilidad para la conversación decisiva; pero en eso llegó Christine, una distracción muy indeseada, porque desde aquel momento el interés del ingeniero se volcó de forma evidente en la joven Von Boolean, sea porque el aura de la riqueza y el apellido aristocrático influyeron en el buen calculador, sea porque la muchacha emanaba una alegría desbordante y transmitía una oleada de felicidad. Sea como fuere, la chica de Mannheim se sintió apartada y desechada y lo vivió con la envidia infantil propia de una colegiala y al mismo tiempo con la indignación activa y enérgica de una adulta. El ingeniero ya bailaba casi exclusivamente con Christine, se pasaba todas las noches sentado a la mesa de los Van Boolean, de modo que la rival decidió que era hora de coger las riendas si no quería perder. La astuta chica ya percibía con el instinto de la espabilada que había algo peculiar y socialmente poco habitual en el entusiasmo de Christine, y mientras los otros se entregaban al encanto de su desenfreno, la pequeña procuraba descubrir el secreto. Su vigilancia empezó estableciendo una relación de confianza que fue aumentando de manera sistemática. Siempre cogía a Christine cariñosamente del brazo cuando salían a pasear y le contaba intimidades en parte ciertas y en parte inciertas sobre su propia persona, todo con el único fin de sonsacarle algo comprometedor. Al anochecer visitaba a la cándida en su habitación, se sentaba con ella en la cama, le acariciaba el brazo, y Christine, necesitada de satisfacer a todo el mundo, respondía con entusiasmo cordial a las cordiales muestras de camaradería, respondía a las preguntas y fintas sin cuidarse y sólo eludía por instinto aquellas que podían afectar a su secreto más íntimo, y cuando Carla preguntaba, por ejemplo, cuántas criadas tenía en casa, cuántos cuartos habitaban, ella respondía con medias verdades diciendo que ahora vivía retirada en el campo por causa de la enfermedad de su madre y que antes, claro, todo había sido diferente. Sin embargo, la curiosa se agarraba cada vez con más fuerza de las pequeñas torpezas y poco a poco fue descubriendo el punto débil: esa extraña que amenazaba con eclipsarla ante Edwin mediante vestidos centelleantes, collares de perlas y el aura de la riqueza, provenía, en efecto, de un ambiente mediocre y estrecho. Christine había mostrado sin querer algunos puntos flacos en sociedad: del polo no sabía, por ejemplo, que se jugaba montado a caballo, desconocía los nombres de las marcas de perfume más corrientes como Coty y Houbigant, ignoraba las diferencias de precio entre los coches y no había presenciado nunca una carrera; diez o veinte de estas metidas de pata revelaban que no estaba iniciada en la francmasonería mundana. En cuanto a cultura tampoco resistía una comparación con la estudiante de químicas: instituto, nada, lenguas, nada; es decir, Christine confesaba abiertamente haber olvidado del todo las cuatro palabras de inglés aprendidas en la escuela. En esa elegante señorita Von Boolean había algo que no cuadraba; sólo era cuestión de introducir la cuña a mayor profundidad, y la pequeña intrigante asestó el golpe con toda la fuerza de sus celos sagaces e infantiles. La dinámica muchacha empezó por fin a descubrir el pastel (para lo cual tuvo que pasarse dos días charlando, escuchando y espiando). A las peluqueras les gusta charlar; forma parte de su profesión; cuando sólo trabajan las manos, los labios pocas veces callan. La ágil madame Duvernois, cuya minúscula peluquería hacía también las veces de gran mercado de todas las novedades habidas y por haber, rió soltando un do plateado cuando la chica de Mannheim preguntó por

Christine mientras le lavaban el pelo. —Ah, la nièce de madame Van Boolean—contestó la peluquera al tiempo que la risa seguía manando como un chorro de agua—, ah, elle était bien drôle a voir quand elle arrivait ici. Tenía un peinado como una chica campesina, dijo, gruesas trenzas enrolladas y pesadas horquillas de hierro. No sabía que en Europa aún se fabricaran esas monstruosidades; aún le quedaban, creía, dos en algún cajón, pues las había guardado como si se tratase de una curiosidad histórica. Era, pues, una pista sumamente fructífera, y la pequeña canalla la siguió con tenacidad casi deportiva. El segundo paso consistió en hacer hablar con habilidad a la camarera de la planta de Christine, y no tardó en descubrir todo: que Christine había llegado con una maletita de mimbre y que todos sus vestidos, toda su ropa, le habían sido prestados o comprados por la señora Van Boolean. Por medio de ágiles pesquisas aderezadas de propinas, la chica de Mannheim se enteró de todos los detalles, incluido el paraguas de mango de asta. Y como la fortuna siempre acompaña al maligno, la chica presenció la escena en que Christine pedía sus cartas a nombre de Hoflehner y gracias a una refinada pregunta planteada con tono de indiferencia recibió la sorprendente información de que Christine no se llamaba Von Boolean. Bastaba y sobraba. La pólvora estaba puesta, y Carla sólo necesitaba colocar la mecha de la forma adecuada. La señora Strodttmann, viuda del gran cirujano y consejero privado, pasaba el día sentada en el vestíbulo como si estuviese en una garita de centinela, con los impertinentes cual arma en la mano. Su silla de ruedas (pues la anciana era inválida) era considerada sin género de dudas el centro de información de todas las novedades de la sociedad y sobre todo la instancia más alta encargada de emitir un fallo definitivo y trazar la línea divisoria entre lo correcto y lo incorrecto; esta oficina de información militante en la guerra secreta de todos contra todos trabajaba día y noche con una precisión fanática. La chica de Mannheim se sentó a su lado para desembarcar con rapidez y habilidad la valiosa carga. Como es natural, lo hizo de una manera amistosa en apariencia: la señorita Von Boolean (que así sólo la llaman en esta casa) es en efecto una joven encantadora y no se le nota que proviene de muy abajo. Es realmente magnífico que la señora Van Boolean se muestre tan bondadosa y haga pasar a esta dependienta, o lo que sea, por su sobrina, le preste ropa para que parezca elegante y la deje navegar bajo bandera falsa. Sí, los norteamericanos piensan en estas cuestiones relativas al rango social de manera más democrática y generosa que los anticuados europeos, que siguen jugando a la buena sociedad, (la viuda del consejero privado estiró el cuello como un gallo dispuesto a pelear) y que en definitiva no sólo exigen dinero y atuendos, sino también cultura y alcurnia. La chica de Mannheim no escatimó, por supuesto, una descripción hilarante del paraguas rural y dejó todos los detalles cómicos y dañinos en las buenas manos de aquel centro de información. La historia empezó a circular por el hotel esa misma mañana y fue recogiendo toda clase de mugre y escombros en su precipitada carrera. Contaban unos que los norteamericanos solían emperifollar a cualquier estenógrafa y presentarla como millonada con el único fin de chingar a los aristócratas y que incluso había una pieza de teatro sobre el tema; otros argumentaban que era con toda probabilidad la amante del anciano o de su mujer. En resumen, la cosa funcionó de maravilla, y en la noche en que sin presentir nada se fugó con el ingeniero, Christine ya era el principal tema de conversación. Para no parecer un tonto, cada cual afirmaba haber observado cientos de detalles sospechosos en la joven; nadie quería ser el engañado. Y como la memoria gusta de estar al servicio de la voluntad, cada cual modificaba algún detalle que ayer aún consideraba encantador y lo convertía en ridículo, y mientras el cuerpo joven y cálido de Christine se sumergía en la felicidad, los labios se entreabrían sonriendo en sus sueños y ella aún se engañaba a sí misma, todos estaban ya informados de su inocente e involuntario engaño. Los rumores siempre alcanzan en último lugar al objeto de su acción. Esa mañana, Christine no se percató de que atraviesa un círculo de fuego de miradas espiantes y burlonas a sus espaldas. La buena se sienta precisamente en el lugar más peligroso, al lado la viuda del consejero privado, sin darse cuenta de la malicia inherente a las preguntas con que la vieja dama la manosea al tiempo que los vecinos acercan las orejas desde todos los ángulos. Besa con amabilidad la mano de la enemiga canosa antes de acompañar al tío y a la tía al paseo acordado. No le llama la atención la sonrisa irónica con que algunos huéspedes devuelven su saludo. ¿Por qué no iba a estar la gente alegre? La alegría diáfana contempla con mirada despreocupada a los insidiosos, atravesando el vestíbulo con la ligereza de una llama y creyendo dichosamente en la bondad del mundo. La tía tampoco observa nada raro al principio; eso sí, algo la ha sorprendido de manera desagradable esa mañana, pero no acaba de comprenderlo. En el hotel se aloja aquella pareja de hacendados de Silesia, el señor y la señora Von Trenkwitz, los cuales apuestan por lo feudal y aristocrático en su trato social y desprecian sin piedad a los burgueses. En el caso de los Van Boolean han hecho una excepción, en primer lugar porque son norteamericanos (que es una suerte de nobleza) y, sin embargo, no son judíos y también quizá porque su segundo hijo, Harro, cuyas fincas se inclinan bajo el peso de los altos intereses hipotecarios, debe llegar al día siguiente y el hecho de conocer a una heredera norteamericana puede serle de cierta utilidad. Se han citado para las diez de la mañana con la señora Van Boolean con el fin de dar juntos un paseo, pero de pronto (tras haber recibido la noticia proveniente del centro de información de la viuda del cirujano) envían a las

nueve y media al portero para cancelar el encuentro sin ninguna explicación. Y lo extraño es que, en vez de disculparse por la cancelación tardía, pasan al mediodía junto a la mesa de los Van Boolean limitándose a un rígido saludo. «Muy raro», sospecha enseguida la señora Van Boolean, de una sensibilidad rayana en lo patológico en cuestiones referidas a la vida social. «¿Los hemos ofendido? ¿Qué ha pasado?» Y otra cosa extraña es que nadie se sienta a su lado en el salón después de comer, mientras Anthony seeste y Christine está escribiendo en el cuarto de escribir. En general, siempre se acercan los Kinsley u otros conocidos para sostener una charla animada, pero esta vez todos permanecen en sus mesas como si se hubiesen puesto de acuerdo y ella se queda abandonada, esperando sentada en su hondo sillón, sorprendida por el hecho de que ninguno de sus amigos quiera acercarse y que Trenkwitz, el creído, ni siquiera presente sus excusas. Por fin se acerca alguien, pero de manera distinta de lo normal. Es lord Elkins, rígido, solemne y ceremonioso. Mantiene extrañamente ocultos los ojos bajo los párpados rojizos y cansados. Normalmente tiene una mirada franca y transparente. ¿Qué le pasa esta vez? Se inclina casi como si fuese una ceremonia. — ¿Me permite sentarme a su lado? — Encantada, querido lord. Pero ¿qué pregunta es ésta? La señora Van Boolean sigue extrañada. La postura del caballero es tan poco relajada; encoge los dedos de los pies, se desabrocha la chaqueta, se arregla la raya del pantalón. Extraño, muy extraño. ¿Qué le pasa?, piensa ella. Parece dispuesto a pronunciar un discurso solemne. El anciano toma por fin impulso y despoja los ojos claros y luminosos del peso de los párpados. Es, en efecto, como una descarga de luz, como el fulgor de una espada. — Escuche, dear mistress Van Boolean, quiero hablarle de un asunto privado. Nadie nos escucha. Pero debe concederme usted la libertad de hablarle con total franqueza. He estado pensando todo este rato en la forma de insinuarle el asunto, pero las insinuaciones carecen de sentido en situaciones graves. Las cosas personales y embarazosas deben tratarse con doble agudeza y rectitud. Es decir... tengo la sensación de cumplir con mi deber de amigo si le hablo sin tapujos. ¿Me lo permite? — Por supuesto. No parece resultarle muy fácil al anciano, porque todavía inserta una breve pausa al sacar del bolsillo su pipa y cargarla en un complicado proceso. A todo esto, sus dedos tiemblan de manera singular: ¿será la edad, será el movimiento? Por último alza la cabeza y dice con toda claridad: — Lo que debo decirle se refiere a miss Christiana. Vuelve a titubear. La señora Van Boolean siente un ligero estremecimiento. ¿Pensará este hombre casi septuagenario seriamente en...? Ya le ha llamado la atención que Christine le interesa sobremanera. ¿Irá todo esto hasta el punto de...? Pero lord Elkins levanta la mirada con expresión severa e inquisitiva y pregunta: — ¿Es realmente su sobrina? La señora Van Boolean lo mira un tanto ofendida: — Por supuesto. — ¿Y se llama realmente Van Boolean? La señora Van Boolean se siente perturbada. — No, no... Es mi sobrina, no la de mi marido. Es la hija de mi hermana de Viena... pero, por favor, lord Elkins, usted se ha portado como un amigo con nosotros, ¿qué significa la pregunta? El lord mira el interior de la pipa mostrando un enorme interés por ver si el tabaco arde de manera uniforme y lo aprieta largamente con el dedo. Luego, totalmente encogido y casi sin abrir los delgados labios, dice como si hablara a la pipa: — Porque... pues porque ha surgido aquí un extraño rumor como si... y he considerado un deber de amigo llegar al fondo del asunto. Ahora que me dice que es, en efecto, su sobrina, considero toda la cháchara resuelta. Enseguida estaba convencido de que miss Christiana era incapaz de mentir, pero es que... Bueno, la gente cuenta aquí las cosas más extrañas. La señora Van Boolean se siente empalidecer, al tiempo que le tiemblan las rodillas. — Séame sincero... ¿qué dice la gente? La pipa empieza a arder poco a poco formando un círculo rojo. — Vamos a ver, usted sabe que toda sociedad que no lo es de verdad actúa con más rigor que la verdadera. Ese mequetrefe gélido de Trenkwitz considera una ofensa personal el hecho de haberse sentado a la mesa con alguien que no pertenece a la aristocracia y que para colmo carece de dinero, y por lo visto son ellos los que más se llenan la boca. Que usted les tomó el pelo y vistió a una chica de la pequeña burguesía y la presentó como una dama dándole un apellido falso... Como si ese cabeza cuadrada supiera lo que es una verdadera dama. No debo insistirle, créame, en el inmenso respeto y la enorme... la enorme... y sincera simpatía que siento por miss Christiana, y no cambiará ni un ápice aunque ella sea, en efecto, de... origen humilde... A lo mejor no tendría esa alegría y gratitud maravillosas si estuviera acostumbrada al lujo como esta gentuza vanidosa. Personalmente, no veo nada malo, sino todo lo contrario, en el hecho de que usted, en su bondad, le regalara vestidos. Si le he preguntado por la exactitud de la información es únicamente para propinar un puñetazo en los dientes a estos rumores infames. A la señora Van Boolean, el susto le ha subido de las rodillas a la garganta y debe tomar aliento tres veces antes de encontrar la energía necesaria para contestar con calma: — No tengo ningún motivo, estimado lord, para callar ante usted nada referente al origen de Christine. Mi cuñado era un importantísimo comerciante de Viena, uno de los más ricos y prestigiosos — dijo exagerando de lo lindo —, pero perdió toda su fortuna en la guerra, como hicieron precisamente las personas más honradas. A la familia no le fue fácil superar la crisis. Consideraron mucho más honrado trabajar que dejarse mantener por nosotros, de modo que Christine trabaja hoy en día en el servicio público, concretamente en la post office, lo cual, espero, no significa ninguna vergüenza. Lord Elkins la mira sonriendo. Su

postura agazapada ha desaparecido: está visiblemente aliviado. —Habla usted con alguien que permaneció cuarenta años en el servicio público. Si fuera una vergüenza, la compartiría con ella. Pero ahora que nos hemos sincerado, debemos pensar con claridad. Enseguida me di cuenta de que todas estas maledicencias son una cháchara infame puesto que una de las escasas ventajas de la senectud consiste en equivocarse pocas veces en cuanto a las personas. Miremos las cosas como son: la situación de miss Christiana no será fácil a partir de ahora, me temo, porque no existe nada más vengativo e insidioso que la pequeña sociedad con pretensiones de grande. Un creído como Trenkwitz no se perdonará durante diez años el haberse mostrado cortés con una funcionaria de correos. Una cosa así duele más que una muela enferma a un viejo cabeza hueca como él. Y en el caso de los otros tampoco excluyo la posibilidad de que le falten al respeto a su sobrina; de todos modos, al menos notará frialdad y mala educación. Ahora bien, me gustaría impedirlo ya que, como se habrá dado cuenta usted, aprecio extraordinariamente a su sobrina... extraordinariamente, y sería feliz de poder ahorrarle una decepción, a ella que es tan maravillosamente cándida. Lord Elkins se interrumpe. Su rostro vuelve a ponerse viejo y gris mientras reflexiona. «No estoy en condiciones de prometer... poder protegerla a la larga. Eso depende... depende de las circunstancias. Sea como fuere, deseo mostrar de una manera visible a estos señores que la aprecio más a ella que a todos estos canallas de dinero y que quien se permita una descortesía con ella tendrá que vérselas personalmente conmigo. Hay un tipo de bromas que no tolero, y mientras esté aquí, estos señores deberán ir con cuidado.» Se levanta de golpe, tieso y decidido, como nunca antes lo ha visto la señora Van Boolean. —¿Me permite —pregunta formalmente— salir ahora con su señorita sobrina a una excursión en automóvil? —Por supuesto. Se inclina y, mientras la señora Van Boolean lo sigue asombrada con la mirada, se dirige al cuarto de escribir, con los puños apretados y con las mejillas encarnadas como si las hubiera enrojecido un viento cortante. ¿Qué querrá?, se pregunta todavía la señora Van Boolean, asombrada. Christine, que está escribiendo, no lo oye entrar. El lord sólo ve desde atrás el hermoso cabello claro sobre el cuello inclinado de la joven, ve esa figura que vuelve a despertar el deseo en él, después de años y años. Pobre niña, piensa, qué despreocupada que estás, pero ya te pillarán y nadie puede protegerte. Le toca el hombro con suavidad. Christine alza la vista sorprendida y enseguida se levanta en un gesto de respeto: desde el primer momento siempre sintió la necesidad de manifestar respeto a este caballero extraordinario. Él se esfuerza por trazar una sonrisa con sus labios apretados. —Señorita Christiana, hoy vengo a pedirle un favor. No me siento bien, me duele la cabeza desde primera hora de la mañana, no puedo leer ni dormir. He pensado, pues, que a lo mejor me hará bien salir al aire libre y hacer una excursión en coche. Lo que más me conviene, desde luego, es que usted me haga compañía. Ya tengo de su señora tía el permiso para invitarla. ¿Quiere usted? —Pero claro... Me es una... alegría, un honor... —Entonces vamos. Le ofrece el brazo con ademán ceremonioso. Christine se extraña y siente un poco de vergüenza, pero ¡cómo negarle este honor! Lord Elkins cruza con ella el vestíbulo, a paso lento y firme. Lanza una mirada rápida y penetrante a cada persona, cosa que no es habitual en él; su postura manifiesta claramente una amenaza: ¡no la toquéis! Normalmente suele pasar entre los otros con expresión cortés y amable, como una sombra gris y tranquila y apenas perceptible, pero esta vez clava, desafiante, la vista en cada pupila extraña. Todo el mundo comprende la intención demostrativa inherente al hecho de cogerla del brazo y de tratarla con marcado respeto. La viuda del consejero privado alza la vista consciente de su culpa, los Kinsley saludan casi asustados al ver al anciano e intrépido paladín de cabellos níveos atravesar con mirada gélida el amplio espacio acompañando a la joven. Christine camina orgullosa y feliz, sin intuir nada malo, y él lo hace con una expresión dura y militar en torno a los labios, como si se hallara a la cabeza de su regimiento y hubiera de dirigir el ataque contra un enemigo atrincherado. Da la casualidad de que Trenkwitz se halla precisamente delante de la puerta cuando ambos salen al exterior; saluda de forma involuntaria. Lord Elkins aparta deliberadamente la mirada, alza la mano hacia la gorra y la deja caer con indiferencia: como cuando uno agradece el saludo a un camarero. El gesto expresa un desprecio indescriptible: es como un golpe frío. Luego suelta el brazo de Christine, abre personalmente la puerta del coche y se quita el sombrero mientras ayuda a la dama a subirse: es el mismo gesto respetuoso con que en su día ayudó a subirse al automóvil a la nuera del rey de Inglaterra con ocasión de su visita a Transvaal. La señora Van Boolean reaccionó a la discreta información proporcionada por lord Elkins con un susto mucho más grande que el transmitido hacia fuera, ya que el general, sin tener idea de nada, dio precisamente en su punto más vulnerable. Muy en lo hondo de Claire van Boolean, una mujer hace tiempo aburguesada y banal, en aquella penumbra donde sólo se sabe a medias o no se quiere saber, en aquel ámbito liso y resbaladizo en que el propio yo sólo se adentra temblando y de mala gana, mora un temor antiguo e imborrable que sólo emerge a veces de noche y le desgarrar el sueño: el temor a que se descubra su pasado. Porque cuando Klara, expulsada con astucia de Europa, conoció a su Van Boolean y recibió la propuesta de casarse con él, no tuvo el valor de confesar al burgués honrado, pero un tanto melindroso, el origen opaco del pequeño capital que aportaba al matrimonio. Decidida, le mintió diciendo que había heredado los dos mil

dólares de su abuelo, y durante todo el matrimonio el marido cándido y enamorado no ha dudado ni un instante de la exactitud de tal información. No había nada que temer de su flemática bondad, pero cuanto más se aburguesaba Claire, tanto más la aterraba el fantasma de la amenaza de que algún azar inocente, un encuentro inesperado, una carta anónima sacara a la luz aquella historia enterrada. Por eso evitó durante años, con tenacidad sistemática, encontrarse con compatriotas. Cuando su marido pretendía presentarle a algún corresponsal vienés, ella se oponía y, apenas logró dominar la lengua inglesa con cierta fluidez, hasta se negaba a hablar en alemán. Cortó todo contacto epistolar con su familia y ni siquiera enviaba un escueto telegrama en las ocasiones más señaladas. Sin embargo, el miedo no cedía; al contrario, crecía con el ascenso burgués, y cuanto más se adaptaba a las rígidas costumbres norteamericanas, tanto más nerviosa la ponía el temor de que algún chisme fugaz avivara las brasas ocultas bajo las cenizas. Bastaba que un huésped sentado a la mesa contara haber vivido largo tiempo en Viena para que ella pasara la noche sin dormir, tal era el calor que emitía aquella chispa en su corazón. Luego, la guerra apartó de golpe todo el pasado hacia una época casi mítica e inaccesible. Los diarios y revistas de aquel entonces estaban enmohecidos, y la gente tenía otras preocupaciones y temas de conversación; todo había pasado, todo había caído en el olvido. Así como un proyectil alojado en el cuerpo se enquistaba con el tiempo en el tejido —primero duele con los cambios climáticos, pero luego queda como algo no del todo extraño en el cuerpo cálido e insensible a él—, olvidó aquel trozo delicado del pasado gracias a la dicha despreocupada y a la actividad sana. Madre de dos robustos hijos, ayudaba a veces en el negocio, pertenecía a la Sociedad Filantrópica y era vicepresidenta de la Asociación de Ayuda a Ex-Presidarios, es decir, una persona apreciada y respetada en la ciudad. Por fin su ambición largo tiempo reprimida podía explayarse en una casa nueva, visitada, además, por las mejores familias. Lo decisivo, no obstante, era para ella la calma que suponía haber olvidado aquel episodio. Nuestra memoria es sobornable y se deja persuadir por los deseos, y la voluntad de apartar lo hostil de los pensamientos ejerce una fuerza que actúa con lentitud, pero que a la postre surte su efecto; la maniquí Klara había muerto por fin en la impecable esposa del comerciante de algodón Van Boolean. Tan oculto se hallaba aquel episodio en su memoria que, apenas llegada a Europa, escribió a su hermana en busca de un reencuentro. Sin embargo, al enterarse ahora de que una malicia inexplicable investiga el origen de su sobrina, ¿qué más lógico, piensa, que no sólo pregunten por la procedencia de la pobre pariente, sino que investiguen también la suya? El miedo es un espejo deformador: cualquier detalle casual se convierte por su fuerza exageradora en algo de dimensiones terroríficas y de claridad caricaturesca, y una vez atizada, la fantasía persigue incluso las posibilidades más increíbles y rocambolescas. Lo más absurdo le parece de repente probable. Aterrada, toma conciencia de que un señor mayor procedente de Viena se sienta a la mesa contigua; es el director del Banco Comercial, tiene entre setenta y ochenta años, se llama Lówy, y Claire cree recordar de pronto que la mujer de su difunto bienhechor se llamaba Lówy de soltera. ¡Ésta podría ser, pues, hermana o prima del banquero! Con qué facilidad podría el anciano insinuar algo, (pues los viejos suelen recordar y contar encantados y sin ninguna discreción los escándalos de su juventud) y aportar su granito de arena a la rumorología. Claire siente de pronto un sudor frío en las sienes, pues el miedo prosigue su trabajo de manera sofisticada y sugiere de pronto que el viejo Lówy presenta un parecido asombroso con la esposa de su bienhechor, los mismos labios carnosos, la misma nariz aguileña. En la fiebre de sus alucinaciones cree saber a ciencia cierta que se trata del hermano, que este hombre la reconocerá sin la menor duda y recalentará con todo lujo de detalles aquella vieja historia, néctar y ambrosía para los Kinsley y Guggenheim. Así las cosas, Anthony recibirá al día siguiente una carta anónima capaz de destruir de golpe y porrazo treinta años de matrimonio sin que el pobre sospechara nada malo. Claire se agarra de los brazos de la silla; por un instante teme desmayarse; luego se incorpora de golpe, con toda la energía de la desesperación. Le supone un esfuerzo enorme pasar junto a la mesa de los Kinsley y saludarlos amablemente. Los Kinsley devuelven el saludo con absoluta amabilidad, con la sonrisa estereotipada de los norteamericanos que ella misma, con el tiempo, ha incorporado de forma inconsciente. Sin embargo, la angustia de Claire le insinúa que han sonreído de otra manera: de una manera irónica, maligna, enterada, traidora, y hasta la mirada del botones le resulta de pronto desagradable, como también el hecho de que la camarera pase por el corredor sin saludarla: agotada, como si hubiera andado en nieves profundas, se refugia finalmente tras la puerta. Anthony, su esposo, acaba de levantarse de la siesta. Se está peinando la finísima raya delante del espejo, con los tirantes todavía sin abrochar, el cuello abierto, las mejillas aplastadas por el sueño. —Anthony, hemos de hablar de una cosa —anuncia Claire. — ¿Qué pasa? Unta un poco de pomada en el peine para separar la raya con perfección geométrica. —Acaba, por favor —dice ella, que ya no se aguanta de impaciencia—. Tenemos que pensarlo todo en calma. Es algo muy desagradable. El flemático marido, acostumbrado desde hace tiempo al carácter temperamental de su esposa y poco dispuesto a que tales anuncios lo saquen de quicio antes de tiempo, aún no ha apartado la vista del espejo. —Espero que no sea nada grave. ¿No será un telegrama de Dicky o de Alwin? —No, pero acaba ya. Puedes vestirme más tarde. —A ver, ¿qué es? —Anthony

pone por fin el peine en su sitio y se sienta sumiso en el sillón—. ¿Qué ocurre? —Algo terrible, Christine debe de haber cometido una imprudencia o alguna tontería, porque todo se ha descubierto y el hotel sólo habla de ello. — ¿Qué se ha descubierto? —Pues lo de los vestidos... Que lleva mis vestidos, que llegó aquí como una simple dependienta y que nosotros la vestimos de pies a cabeza y la presentamos como una dama aristocrática... La gente dice todo lo imaginable... Ahora entiendes también por qué los Trenkwitz nos ignoraron... Claro, están furiosos porque tenían algo pensado para su hijo y consideran que los hemos engañado. Ahora estamos comprometidos ante todo el hotel. ¡Esa niña torpe debe de haber metido la pata! Dios mío, ¡qué vergüenza! — ¿Cómo que qué vergüenza? Todos los norteamericanos tienen parientes pobres. Prefiero no mirar con lupa a los sobrinos de los Guggenheim o de los Rosky o de los Rosenstock, oriundos de Kovno; apuesto a que tienen una pinta muy diferente. No entiendo que sea una vergüenza haberla vestido con decencia. —Pues porque... porque... —Claire, nerviosa, habla en voz cada vez más alta—, porque tienen razón, porque una persona así no encaja aquí, no encaja en la sociedad... Me refiero a alguien... que no sabe comportarse de manera que no se note su procedencia... Es su culpa... Si no hubiera actuado de modo tan llamativo, no se habrían percatado de su existencia, si hubiera mantenido un tono modesto como al principio... Pero siempre aquí y allá, siempre arriba y en primera fila, hablando con todo el mundo, entrometiéndose, siempre presente y siempre a la cabeza. Enseguida hizo migas con todos... No me extraña que la gente pregunte a la postre quién es y de dónde viene... Ahora el escándalo está servido. Todos hablan de ello y se ríen de nosotros... Están diciendo cosas espantosas. Anthony ríe plácidamente: —Déjalos que hablen... Me resulta indiferente. Es una buena chica, y la quiero a pesar de todo. Y si es pobre o no, no importa un comino a nadie. Aquí no he pedido prestado ni un penique a nadie y me importa un rábano si nos consideran elegantes o no. A quien no le guste algo de nosotros, pues que lo deje estar. —Pero a mí no me es indiferente, a mí no. —La voz de Claire se ha vuelto más y más chillona, sin que ella se dé cuenta—. No permitiré que digan que he engañado a la gente y que he hecho pasar por una duquesa a una pobre chica. No tolero que invitemos a alguien como a Trenkwitz y el maleducado me envíe al portero en vez de disculparse. No, no esperaré a que la gente nos dé la espalda, pues no lo necesito. Dios sabe que he venido a pasarlo bien y no para enfadarme y ponerme nerviosa. No lo acepto. — ¿Y qué...? —dice Anthony al tiempo que oculta un ligero bostezo con la mano— ¿...qué quieres hacer? — ¡Quiero que nos marchemos! — ¿Qué dices? En un gesto involuntario, ese hombre de movimientos pausados se levanta de un salto como si alguien le hubiera pisado un pie provocando un intenso dolor. —Sí, quiero que nos marchemos y que sea mañana a la mañana. La gente se equivoca sí cree que les montaré un circo, que les daré explicaciones, que tal y que cual, y que hasta presentaré mis excusas. Para eso tendrían que ser muy diferentes de los Trenkwitz y compañía. Este grupo de todos modos no me gusta, es, exceptuando a lord Elkins, un grupo abigarrado y aburrido, todos unos mediocres, o sea que por ellos no me dejo arrastrar por el fango. Además, este lugar no me conviene, los dos mil metros de altura me ponen nerviosa, no puedo dormir por la noche... Tú, claro, ni te enteras, te echas y te duermes enseguida, ¡ya me gustaría tener tus nervios aunque fuera una semana! Ya llevamos tres semanas aquí... ¡es más que suficiente! En cuanto a la chica, hemos cumplido con nuestro deber respecto a Mary con creces. La invitamos y ella se ha divertido y ha descansado, demasiado incluso, pero se acabó lo bueno. No tengo ningún reproche que hacerme. —Sí, pero ¿adonde... adonde quieres ir ahora de pronto? — ¡A Interlaken! Allí no tenemos el aire de altura y nos encontraremos con los Linsey, con los que tan buen talk tuvimos en el barco. Es gente realmente simpática, no como este batiburrillo de aquí, y precisamente antes de ayer me escribieron que fuéramos. Si nos vamos mañana por la mañana, podremos estar con ellos para el dinner. Anthony todavía se resiste un poco. — ¡Siempre todo de golpe! ¿Hemos de irnos mañana? ¡Si tenemos tiempo de sobra! Sin embargo, no tarda en ceder. Siempre cede, sabiendo desde hace tiempo que Claire, cuando quiere algo con ahínco, impone de manera irremisible su voluntad y que toda resistencia significa una pérdida innecesaria de energía. Por otra parte, el asunto le es indiferente. La gente que descansa en ella misma no siente el entorno con tanta intensidad; al viejo flemático le es igual jugar al póquer con los Linsey o con los Guggenheim, que la montaña que se ve desde la ventana se llame Schwarzhorn o Cervino, que el hotel se llame Palace o Astoria; su único deseo es que no haya pelea. Por tanto, no lucha largo tiempo, escucha con paciencia mientras Claire llama por teléfono a la recepción para dar las órdenes pertinentes, contempla divertido cómo saca las maletas con movimientos febriles y precipitados y apila la ropa con una prisa incomprensible, se enciende una pipa y se va a jugar su partida de cartas. Mientras mezcla y reparte no piensa ni en el viaje ni en su esposa y menos aún en Christine. Mientras parientes y extraños debaten con frenesí la llegada de Christine y su obligada marcha, el automóvil gris de lord Elkins surca centelleando el azul ventoso del valle de alta montaña y desciende con ductilidad y audacia por las curvas blancas rumbo a la baja Engadina. Schuls-Tarasp ya está cerca. Mediante su invitación, lord Elkins ha querido poner a Christine bajo su protección en público, por así decirlo, y llevarla de vuelta tras un breve paseo en coche; pero cuando la tiene a su lado y la ve reclinada,

charlando alegremente y reflejando el cielo en los ojos despreocupados, le parece absurdo abreviarle a ella, y a sí mismo, un tiempo sublime y ordena al chófer que siga conduciendo. Lo esencial es no volver demasiado pronto, pues de todos modos se enterará demasiado pronto, piensa el anciano mientras le acaricia la mano con una ternura irresistible. De hecho, debería advertirle a tiempo, prepararla de manera cuidadosa y discreta para lo que debe esperar de ese grupo de personas, de suerte que su repentina frialdad no le duela tanto. Por eso intenta algunas insinuaciones relativas al carácter maligno de la viuda del consejero privado y alerta con discreción de las intenciones de la amiguita; sin embargo, la cándida defiende con la credulidad apasionada de la juventud a sus enemigos más enconados: que la vieja viuda es de una bondad conmovedora y tan interesada en todo y que la chica de Mannheim es lista, alegre y divertida, que lord Elkins no puede ni imaginarlo y que probablemente ella se siente cohibida en presencia del general. En resumen, que toda la gente es maravillosa en este lugar, jovial y benévola con ella, y a veces se avergüenza y se pregunta por qué ha merecido todo esto. El anciano contempla el extremo de su bastón. Desde la guerra piensa con rigor de los seres humanos y de las naciones porque los considera a todos egoístas y carentes de la imaginación necesaria para reconocer la injusticia que cometen con los otros. En el fango ensangrentado de Ypern y en una calera cercana a Soissons, (donde cayó su hijo) yace definitivamente enterrado el idealismo de su juventud inspirado en los cursos de John Stuart Mills y sus discípulos, que creía en la misión moral de la humanidad y en la elevación del alma de la raza blanca. La política le da asco y la fría sociabilidad del club y el barullo teatral de los banquetes públicos le repugnan; desde la muerte de su hijo evita entablar nuevas amistades; le amarga la actitud obstinada de su propia generación, reacia a reconocer la verdad, su incapacidad para aprender y pasar de la época de preguerra a los tiempos nuevos, como también rechaza la pedantería frívola e insolente de la nueva generación. En esta muchacha volvió a ver por primera vez la credulidad, el agradecimiento difuso y sagrado por el mero hecho de la juventud, y en su presencia se da cuenta de que toda la desconfianza ante la vida que una generación adquiere con dolor, resulta por fortuna incomprensible y caduca para la próxima y la juventud empieza con cada una de nuevo. ¡Con qué actitud tan maravillosa agradece la joven hasta lo más nimio! El general lo percibe encantado y al mismo tiempo siente, con más intensidad y pasión que nunca y de manera casi dolorosa, el deseo de acoger en su vida algo de esta calidez encantadora e incluso de comprometerse con ella. Durante unos años, piensa, podría protegerla y así tal vez no experimentará, o sólo experimentará tarde, la infamia del mundo que se arrastra ante un nombre y pisotea al pobre. Ah... la mira de soslayo: ella acaba de abrir la boca con entusiasmo infantil, absorbe el aire maravilloso que les sopla a la cara y cierra entretanto los ojos... Unos cuantos años de juventud serían suficientes para mí. Y mientras Christine, vuelta hacia él con gratitud, sigue charlando animadamente, el anciano apenas le presta atención porque de pronto se ha armado de valor; pondera la forma de intentar una petición de mano discreta en esta hora que es quizá la última. Toman té en Schuls-Tarasp. Luego, en un banco del paseo, el general empieza con cuidado y con circunloquios. Tiene en Oxford dos sobrinas, dice, de la edad de ella más o menos, de modo que podría vivir allí si quisiera viajar a Inglaterra; a él le supondría una alegría invitarla a la casa de ellas y mostrarle Londres, siempre y cuando la compañía de un anciano no le resultara molesta. Sin embargo, añade, no sabe si ella puede decidirse a marcharse de Austria e instalarse en Inglaterra, si hay algo que la ate a su casa, que la ate internamente, quiere decir. La pregunta es clara. Pero Christine, sumida en su entusiasmo desbordante, no la entiende. No, no, responde. Le gustaría ver mundo, e Inglaterra, cuentan, es una maravilla. Ha oído mucho hablar de Oxford y de sus regatas. No existe ningún país, dice, donde el deporte resulte tan placentero y donde sea tan magnífico ser joven. El rostro del anciano se ensombrece. La joven no ha dicho nada de él. Sólo ha pensado en ella, en su propia juventud. El general vuelve a desanimarse. No, piensa, sería un crimen encerrar a una persona joven que siente con tal dicha su fuerza en un viejo castillo, con un hombre anciano. No, no dejarse rechazar, no quedar en ridículo. ¡Despídete, viejo! ¡Sanseacabó! ¡Demasiado tarde! — ¿Volvemos? — pregunta con voz de pronto diferente—. Me temo que su señora tía estará preocupada. — Encantada — responde ella y añade con entusiasmo —: Ay, ha sido tan bello, todo aquí es de una belleza única. El anciano se sienta a su lado en el coche y apenas abre la boca. Se siente triste por ella y triste por él mismo. Pero ella no intuye lo que pasa en él ni lo que pasa con ella; dirige la mirada diáfana al paisaje, mientras la sangre bulle alegremente bajo las mejillas rozadas por el viento. Cuando se detienen ante el hotel, suena precisamente el gong. Christine estrecha agradecida la mano de ese hombre admirado y sube corriendo a cambiarse. Ya le resulta fácil. En los primeros días, el hecho de vestirse le suponía cada vez un miedo, un esfuerzo, una preocupación y al mismo tiempo un juego placentero y excitante. Contemplaba una y otra vez en el espejo a aquella persona acicalada e inesperada en que se había transformado. Ahora, en cambio, considera natural ser una joven bella, adornada y elegante cada noche. Sólo necesita unos toques, y el vestido fluye ligero y colorido sobre el pecho enhiesto; basta un trazo seguro sobre los labios rojos, basta sacudirse un poco el pelo y ponerse con un único gesto el pañuelo para estar lista. Tal es la naturalidad con que vive el lujo prestado cual si fuese su propia piel. Lanza una

última mirada de soslayo al espejo. ¡Perfecto! ¡Satisfecha! Y enseguida se dirige a toda carrera al cuarto de la tía para bajar juntos a cenar. Sin embargo, se queda pasmada en el mismo umbral: una habitación arrasada, con las maletas a medio hacer, los sombreros, zapatos y otras prendas esparcidos en los sillones, la cama y la mesa, todo sin orden ni concierto en una habitación normalmente ordenada hasta en los detalles más ínfimos. La tía, vestida con una bata, está precisamente arrodillada sobre una maleta que se resiste, con el objeto de cerrarla. —¿Qué... qué pasa? —pregunta Christine asombrada. La tía no alza la vista deliberadamente, sino que, enfurecida, con el rostro encendido, sigue apretando la maleta, al tiempo que contesta con un gemido: —Nos marchamos... ¡Maldita maleta! ... A ver si te cierras... Nos vamos. —¿Cuándo?... ¿Cómo? Christine se queda boquiabierta, incapaz de mover un músculo. La tía vuelve a aporrear la cerradura que finalmente se cierra. Se levanta jadeando. —Pues sí, es una lástima, yo misma lo siento mucho, Christine. Pero ya dije de entrada que Anthony no soportaría este aire de las alturas. No es bueno para la gente mayor. Esta tarde le ha vuelto a dar un ataque de asma. — ¡Por el amor de Dios! Christine corre al encuentro del anciano que precisamente en ese instante entra de la habitación contigua, sin tener idea de nada. Lo abraza con un cariño apasionado y atemorizado, temblando de emoción. —¿Cómo te sientes, tío? ¡Ojalá estés mejor! Dios mío, no sabía nada. ¡De haberlo sabido, no habría salido! Pero, palabra de honor, vuelves a tener buen aspecto. ¿Te sientes mejor? Lo mira totalmente desorientada, y su susto es del todo sincero y auténtico. Se ha olvidado de sí misma. No ha entendido que debe marcharse. Sólo ha comprendido que el buen hombre se encuentra enfermo. Está asustada por él, no por ella misma. Anthony, sano y flemático como siempre, se siente embarazado por la expresión exaltada de su temor sincero y cariñoso. Poco a poco comprende en qué repugnante comedia debe participar. —Nada, nada, hijita —gruñe (¡maldita sea!, ¿por qué me usa Claire de pretexto?)—. Claire, a quien ya deberías conocer, siempre exagera. Me siento perfectamente, y si de mi dependiera, nos quedaríamos. —Y para desahogarse por la rabia que siente por la mentira para él incomprensible de su mujer, añade con tono casi grosero—: Vamos, Claire, deja el maldito embalaje, que para eso hay tiempo suficiente. Queremos pasar una última noche agradable en compañía de esta buena niña. Sin embargo, Claire sigue trajinando y no dice nada; por lo visto, teme las inevitables explicaciones. Anthony, en cambio, (que saque ella la pata, yo no le ayudaré), mira por la ventana con cara de circunstancias. Entre ellos se halla, muda y perpleja, Christine como algo inútil y molesto en la habitación huérfana. Algo ha ocurrido, lo percibe, algo que no comprende. Un rayo ha caído con estridencia, y ella espera ahora con corazón latiente el trueno que no viene, que no viene y, sin embargo, ha de venir. No osa preguntar ni osa pensar y sabe con todos los nervios que algo malo ha sucedido. ¿Se habrán peleado? ¿Habrán llegado malas noticias de Nueva York? ¿Habrán ocurrido algo en la bolsa, en el negocio, una bancarrota? Cosas de esas se leen cada día en los diarios. ¿O es que el tío ha tenido un ataque y sólo lo calla para preservarla? ¿Por qué me dejan aquí plantada? ¿Qué hago yo aquí? Pero nada, silencio y más silencio, sólo los trajines insignificantes e innecesarios de la tía y los pasos inquietos del tío que camina arriba y abajo mientras el corazón de Christine late con fuerza y de manera audible. Por fin llaman a la puerta. ¡Liberación! Entra el camarero y detrás de éste, otro con la mantelería. Para sorpresa de Christine, empiezan a quitar los objetos de fumador de la mesa y a ponerla con pulcritud y ademanes ceremoniosos. —Sabes —explica por fin la tía—, Anthony consideró que era mejor cenar esta noche aquí arriba en la habitación. Odio las despedidas ceremoniosas y las preguntas que si adonde, que si por cuánto tiempo, y además ya he embalado casi todas mis cosas y el smoking de Anthony ya está en la maleta. Por otra parte... aquí estaremos juntos, más tranquilos y alegres, ¿no te parece? Los camareros entran la mesa con ruedas y sirven de las bandejas niqueladas. Cuando salgan, ya me explicarán todo, piensa Christine y observa atemorizada los rostros de los tíos: el tío se inclina profundamente sobre el plato y cucharetea con expresión enconada, mientras que la tía parece pálida y avergonzada. Por fin comienza: —Te extrañará, Christine, que tomáramos una decisión tan rápida. Pero es que en nuestro país todo funciona quick. Es una de las cosas buenas que se aprenden allá en América. No estiras lo que no te apetece. Cuando un negocio no funciona, lo disuelves y a otra cosa, mariposa, si no te sientes a gusto en un lugar, haces las maletas y te vas con tus bártulos a otro sitio. La verdad es que, vamos a ver, no quería decírtelo porque te has recuperado de maravilla aquí, la verdad, digo, es que ya llevábamos rato sin sentirnos a gusto aquí, yo dormía mal todo el tiempo y Anthony tampoco aguanta el aire enrarecido de las alturas. Y da la casualidad de que hoy acaba de llegar un telegrama de nuestros amigos de Interlaken y enseguida nos decidimos y seguramente pasaremos allí unos días y luego nos iremos a Aix-les-Bains. Pues sí, entre nosotros todo funciona quick, y ya entiendo que te sorprenda. Christine inclina la cabeza sobre el plato: ¡lo esencial es no mirar ahora a la tía! Algo en el tono, en la efervescencia del parloteo la atormenta, cada palabra rezuma falsa energía y frescura artificial. Algo tiene que haber detrás, siente Christine. Algo ha de venir todavía, y viene: —Claro que lo mejor habría sido que nos acompañaras —sigue la tía mientras separa el ala del pollo—. Pero Interlaken, creo yo, no te gustaría, no es un lugar para gente joven, y la cuestión es si tanto viaje, en los pocos días

que te quedan de vacaciones, merece realmente la pena y si no te quita más bien el descanso. Aquí te has recuperado de maravilla, el aire fresco y revitalizante te ha ido de fábula... Pues sí, siempre lo digo, no hay nada mejor que la alta montaña para los jóvenes. Dicky y Alwin deberían venir algún día, pero claro, precisamente la Engadina no sirve para corazones viejos, cascados y desgastados. O sea que, lo dicho, nos haría una ilusión tremenda, claro está, Anthony se ha acostumbrado mucho a tu presencia, pero por otra parte, son siete horas de ida y siete de vuelta, pienso que será mucho y, además, el año que viene volveremos. Desde luego, si aún quieres ir a Interlaken... —No, no —dice Christine. Lo dicen más bien los labios, así como uno sigue narrando automáticamente en la narcosis mientras la conciencia se ha detenido hace tiempo. —Yo también creo que haces bien en viajar directamente de aquí a casa, pues de aquí sale un tren comodísimo, a las siete de la mañana... He preguntado al portero... O sea que puedes estar en Salzburgo mañana a última hora de la noche y pasado mañana en casa. Me imagino cómo se alegrará tu madre de verte tan joven, morena y animada, realmente, tienes un aspecto magnífico, y lo mejor es que lleves este descanso a casa mientras aún esté fresco. —Sí, sí. Las sílabas gotean con suma suavidad de la boca de Christine. ¿Por qué sigue aquí sentada, a decir verdad? Los dos sólo quieren desprenderse de mí cuanto antes. Pero ¿por qué? Algo debe de haber ocurrido, algo. Sigue comiendo mecánicamente y cada bocado le sabe a la hierba amarga del hisopo y nota que debería decir algo, con el único fin de no mostrar que le arden los ojos de dolor y que le tiembla la garganta de rabia, algo relajado, algo objetivo, frío e indiferente. Por fin se le ocurre: —Ahora mismo te traeré los vestidos para que puedas embalarlos —dice y se levanta enseguida. Pero la tía la insta con suavidad a sentarse. —Deja, niña, que para eso hay tiempo. La tercera maleta la haré mañana. Deja todo en tu habitación, que la camarera ya me traerá todo. —Luego, de repente avergonzada: Por cierto, ya sabes, uno de los vestidos, el rojo, te lo quedas, sí, realmente ya no lo necesito y a ti te luce, y por supuesto también las pequeñeces, el jersey, la ropa interior, por supuesto. Sólo necesito los otros dos vestidos de noche para Aix-les-Bains, que allí hay una animación increíble, es un hotel fabuloso, me han dicho, y espero que Anthony se sienta bien allí, con baños de agua caliente, y porque el aire es mucho más suave... La tía sigue y sigue hablando. El punto difícil está superado. Ha dado a entender discretamente a Christine que mañana debe viajar. Ahora todo rueda con soltura y facilidad, y ella cuenta con creciente alegría las historias más descabelladas de viajes y hoteles y también de América, mientras Christine permanece sentada, encogida y modesta y, sin embargo, con los nervios contraídos bajo esa verborrea chillona y empeñada en mostrarse indiferente. Ojalá acabe pronto. Por fin puede aprovechar una breve pausa. —No quiero reteneros. Que el tío descanse y tú también, tía, estarás agotada de hacer las maletas. ¿Puedo ayudarte en algo? —No, no. —La tía también se levanta—. No me cuesta nada embalar estas pocas cosas. Pero también a ti te hará bien acostarte temprano. Debes levantarte a las seis, si no me equivoco. ¿No te enfadarás con nosotros si no te acompañamos a la estación, no? —No, no, sería una exageración, tía —responde Christine con voz apenas audible y mirando al suelo. —Y me escribirás cómo está Mary, ¿no? Me escribirás tan pronto hayas llegado. Y lo dicho, el año que viene nos vemos de nuevo. —Sí, sí —contesta Christine. Gracias a Dios, ya puede irse, falta un beso al tío, que permanece extrañamente cohibido, un beso a la tía, y luego se dirige a la puerta... ¡largo de aquí, rápido! Pero en el último instante, cuando ya tiene el picaporte en la mano, la tía se le acerca a toda prisa. Una vez más, la angustia le ha golpeado el pecho con su martillo (pero es el último golpe): —Escucha, Christine —dice sumamente excitada —, ahora mismo te vas a tu habitación, te echas a dormir y descansas. No se te ocurra bajar, ¿sabes? Porque si lo haces... si lo haces, ¿sabes?... si lo haces, mañana aparecerán todos a primera hora a despedirse de nosotros... y eso no nos gusta. Lo mejor es marcharse sin muchos aspavientos y escribir luego unas tarjetas a algunos... No aguanto ni las flores ni... los acompañamientos. O sea que nada de bajar, te metes enseguida en la cama... ¿me lo prometes, no? —Por supuesto —responde Christine con un último hilo de voz y cierra la puerta. Y sólo al cabo de unas semanas recuerda que, al despedirse, olvidó pronunciar una palabra de agradecimiento a ambos. No bien Christine ha cerrado la puerta, la fuerza que a duras penas mantenía unida la abandona. Así como un animal abatido se tambalea unos pasos y sólo se mantiene en pie por el propio impulso del movimiento antes de desplomarse con las articulaciones inermes, así se arrastra ella hasta su habitación apoyando las manos en la pared; allí cae, fría, rígida, inmóvil, en el sillón. No entiende lo ocurrido. Sólo siente detrás de la frente paralizada el dolor de un golpe propinado con alevosía, pero no identifica al autor del golpe. Algo le ha ocurrido: a ella, contra ella. La expulsan, y no sabe por qué. Se esfuerza por pensar. Pero el cerebro sigue aturdido entre las sienas. Hay allí algo pálido y rígido que no contesta. Y la misma rigidez la rodea, un féretro de vidrio más cruel todavía que un ataúd húmedo y negro por cuanto, iluminado por una claridad burlona, por un lujo deslumbrante, se burla desde su comodidad al tiempo que permanece en silencio, en un silencio terrible mientras una pregunta pide en ella a gritos una respuesta: «¿Qué he hecho? ¿Por qué me expulsan?» Le resulta insoportable esta confusión, esta presión sorda desde dentro. Es como si el gigantesco edificio con sus cuatrocientas personas, con sus piedras y vigas y el enorme tejado, le pesara sobre el

pecho, todo acompañado por una luz blanca, fría y venenosa, mientras la cama con su edredón floreado la invita a dormir, los muebles, a descansar alegremente, los espejos, a mirarse fascinada; Christine tiene la sensación de que acabará congelada si se queda sentada en ese sillón doloroso o que romperá los cristales en un ataque de rabia insensata o que gritará, llorará y gemirá y acabará despertando a la postre a quienes duermen. ¡Es el momento de largarse de aquí! ¡Salir! Sin embargo... no sabe qué hacer. Irse, irse, para no acabar ahogada en el silencio terrible y asfixiante. De golpe, sin conocer sus propias intenciones, se levanta de un salto y sale corriendo; detrás de ella queda abierta, basculando, la puerta, y el latón y el vidrio se iluminan el uno al otro, absurdamente, bajo la luz eléctrica. Desciende corriendo las escaleras, como una sonámbula. Papeles pintados, cuadros, aparatos, escalones, lámparas, huéspedes, camareros, doncellas, cosas y caras pasan a su lado, vacuos y fantasmales. Algunas personas se sorprenden, saludan y se extrañan que Christine no se percate de nada. Pero la mirada de ella está cerrada, no sabe lo que ve ni adonde va ni lo que quiere, sólo sus piernas la impulsan escalera abajo con una agilidad inexplicable. Alguna conexión que suele regular sus actos conforme a la razón se ha estropeado. No corre con una meta en la mente, sino sólo hacia adelante, impelida por una angustia sin nombre y sin sentido. Se detiene de golpe en la entrada del salón; algo se despierta, el recuerdo de que la gente allí está sentada, baila, ríe, convive alegremente, y enseguida intenta preguntar: «¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué he venido?» La pregunta frena el impulso. De pronto no puede seguir, y apenas se detiene, las paredes empiezan a tambalearse, la alfombra avanza, las arañas oscilan dibujando desenfundadas elipses. Christine percibe que se cae, el suelo tiembla bajo sus pies. Instintivamente se agarra con la mano derecha de un picaporte y recupera el equilibrio. Pero la fuerza ha desaparecido de las articulaciones. Tiesa, apoyando todo el peso del cuerpo contra la pared, con la mirada perdida, respira y no sabe qué hacer. En ese momento topa con ella el ingeniero alemán, que ha salido en aquel preciso instante a buscar unas fotografías en su habitación para mostrarlas a una dama, y a esa extraña figura arrimada a la pared, inmóvil y jadeante, con los ojos abiertos y, no obstante, ciegos, al principio no la reconoce. Pero su voz enseguida adopta un tono jovial y despreocupado. — ¡Allí está usted! ¿Por qué no viene al salón? ¿O es que está tratando de desvelar algún misterio? ¿Y por qué...? Pero... ¿qué le pasa? La mira sorprendido. A la primera palabra, Christine se ha estremecido y todo el cuerpo le tiembla cual si fuese una sonámbula alcanzada por un grito imprevisto como por un disparo. Sus cejas, arqueadas en un gesto de terror, proporcionan a su mirada un aspecto muy abierto y convulsivo, y ella alza la mano como si se defendiera de un golpe. — ¿Qué le pasa? ¿No se siente bien? El ingeniero la apoya, y ya era hora de hacerlo porque Christine se tambalea de modo extraño. De repente se le nublan los ojos. Pero al sentir el brazo de él, el contacto cálido y humano, enseguida se agita febrilmente. —Tengo que hablarle... hablarle ahora mismo... pero no aquí... no ante los otros... Debo hablarle a solas. No sabe qué decirle, sólo quiere hablar, hablar con quien sea, desfogarse. El ingeniero, extrañamente afectado por el tono chillón de aquella voz normalmente tan tranquila, piensa: probablemente está enferma, la metieron en la cama, por eso no bajó, y ahora se ha levantado sin decir nada a nadie... A buen seguro tiene fiebre, se le nota por los ojos brillantes. O un ataque histérico, que cosas de estas se ven a menudo en las mujeres... Sea como fuere, lo primero que hay que hacer es tranquilizarla, tranquilizarla, no hacer notar que se la toma por una enferma y fingir que uno acepta todo. —Encantado, señorita —le dice como si hablara a una niña—, sólo que... (sería mejor que no nos vieran)... sólo que a lo mejor conviene salir un poco del hotel... al aire libre... Seguro que le hará bien... El salón está siempre con la calefacción a una temperatura exagerada... Primero tranquilizarla, tranquilizarla, piensa, y mientras la coge del brazo, tantea en busca de su muñeca por ver si tiene fiebre. No, la mano está helada. Extraño, piensa sintiéndose cada vez más incómodo, un asunto muy extraño. Delante del hotel se bambolean, altas y deslumbrantes, las lámparas de arco voltaico y a la izquierda se halla, oscuro y sumido en sombras, el bosque. Allí esperó Christine el día anterior, y es como si hubiese ocurrido hace mil años, pues ni una célula de su sangre lo recuerda. La conduce hacia allí con suavidad, (lo mejor es buscar enseguida un sitio oscuro pues quién sabe lo que tiene esta mujer) y ella, carente de voluntad, se deja guiar. Lo primero es distraerla, piensa el ingeniero, hablar de cosas del todo indiferentes, no enfrascarse en discursos, sino charlar un poco al azar, que es lo que más tranquiliza. —Así es mucho más agradable, ¿no?... Échese mi abrigo sobre los hombros... Ay, qué noche más maravillosa... Mire las estrellas... De hecho, es una tontería pasar toda la noche en el hotel. Pero ella tiembla y no lo escucha. Ni estrellas ni noche percibe, sino sólo a sí misma, sólo su yo aplastado, contraído, reprimido hace años que de pronto se encabrita, gigantesco, y le hace estallar el pecho. Y de golpe lo coge del brazo con furia, en un acto que se produce más allá de su voluntad. —Nos marchamos... mañana nos marchamos... para siempre... ya no volveré nunca más aquí, nunca más... escúcheme, nunca más... nunca más... No, no lo soporto... nunca más... nunca más... Delira, teme el ingeniero, que ve cómo se sacude todo el cuerpo de la mujer. Está enferma y tendré que avisar enseguida a un médico. Pero ella se aferra con músculos enloquecidos a su brazo. —Pero ¿por qué? ¿Por qué tengo que irme tan pronto?... Algo debe de haber ocurrido... no sé qué. Al mediodía ambos se

mostraron amables conmigo y no dijeron nada de esto, y a la noche... a la noche me comunicaron que debía partir mañana... mañana a primera hora... enseguida, y no sé por qué... ¿Por qué debo irme tan pronto?... Largarme... largarme... como cuando se tira por la ventana algo que no se necesita, así... no sé cómo, no sé... no lo entiendo... algo debe de haber ocurrido. Vaya, piensa el ingeniero. De pronto comprende todo. Precisamente hace un rato le llegó el rumor referido a los Van Boolean y sin querer se asustó. ¡Casi le había pedido la mano! Ahora, sin embargo, comprende: el tío y la tía echan a la pobre de la noche a la mañana para que no les produzca más inconvenientes. La bomba ha explotado. Lo esencial es no comprometerse, piensa precipitadamente. ¡Distraerla! ¡Distraerla! Intenta unas cuantas generalidades, que sí, que quizá no sea definitivo, que sus parientes se lo pensarán dos veces a lo mejor, que al año siguiente... Pero Christine no piensa ni escucha, sólo su dolor debe salir, feroz, sonoro, impetuoso, mientras patatea con la rabia de un niño impotente. — ¡Pero no quiero! No quiero... No voy a volver a casa... ¿Qué hago yo allí? Ya no lo soporto... No puedo... Allí voy a sucumbir... voy a enloquecer... Le juro que no puedo, no puedo ni quiero... ¡Ayúdeme!... ¡Ayúdeme! Es el grito estridente y ya casi asfixiado de alguien que se está ahogando, porque la voz se desborda de pronto, y el llanto convulsivo la sacude de tal manera que hasta él nota los espasmos en su cuerpo. —No —le pide él, emocionado en contra de su voluntad—. ¡No llore! ¡No llore así! Para tranquilizarla, su brazo la acerca en un gesto involuntario. Ella cede y se apoya, lánguida y pesada, en el pecho del ingeniero. Pero no hay nada de placer en el apoyarse, sino sólo un agotamiento sin límites, un cansancio sin nombre. Christine sólo percibe el hecho de poder arrimarse al cuerpo vivo de un ser humano, que una mano le acaricia el pelo y que ella no es tan horrible, no está tan sola y repudiada. Poco a poco, su llanto se vuelve más débil e interior, ya no son aquellas convulsiones parecidas a descargas eléctricas, sino un lloro que mana con suavidad. La situación resulta ya muy peculiar al ingeniero. Se encuentra de pronto a la sombra del bosque y a apenas veinte pasos del hotel, (en cualquier momento puede aparecer alguien y verlos), tiene en brazos a una joven anegada en llanto y siente palpitar y entregarse el cálido pecho de la desesperada. La compasión se apodera de él, y la compasión de un hombre por una mujer que sufre siempre adopta de manera involuntaria la forma de la temura. ¡Sólo tranquilizarla, piensa, sólo tranquilizarla! Con la mano izquierda, que está libre (porque la derecha todavía la sostiene para que no caiga), le acaricia el pelo como si quisiese magnetizarla. Y para acallar el llanto, se inclina y le besa el cabello, luego las sienes y por último los labios temblorosos. En ese momento, ella suelta una retahíla de palabras sin pies ni cabeza: —Lléveme, llévame... Vámonos juntos... adonde usted quiera... adonde tú quieras... sólo lejos de aquí para no volver nunca... No quiero volver a casa... No lo soporto... Adonde sea, pero no a casa... Adonde usted quiera, todo el tiempo que quiera... Sólo lejos de aquí, ¡sólo lejos de aquí! —Febil y desquiciada, lo sacude como si fuese un árbol—. ¡Llévame! El ingeniero se asusta. Hay que frenarla, piensa el hombre con su sentido práctico, hay que frenarla con energía y rapidez. Tranquilizarla como sea y devolverla al hotel. De lo contrario esto puede resultar embarazoso. — Sí, nena —dice—. Desde luego, nena... pero no hay que precipitar los acontecimientos... todo esto lo vamos a hablar. Reflexione usted hasta mañana... A lo mejor los parientes cambian de decisión porque les da pena... Mañana lo veremos todo más claro. Pero ella, agitada, insiste: — ¡No, mañana no, mañana no! Mañana tengo que marcharme, a primera hora tengo que marcharme, a primera hora... Usted me repudia... como si fuese un paquete postal me despacha usted, rápido, rápido, express... Y yo no me dejo despachar así... No me dejo... —Y aferrándose a él con más fuerza—: Lléveme... ahora mismo, ahora mismo... ayúdeme... Yo... yo ya no lo aguanto. Hay que cortar esto, dice el ingeniero para sus adentros. Lo esencial es no aceptar nada. La chica no está en sus cabales y no sabe lo que dice. —Sí, sí, nena —dice acariciándole el pelo—, por supuesto que sí, yo entiendo... Ahora mismo lo hablaremos ahí dentro, no aquí, que aquí no puede usted quedarse más tiempo... Podría resfriarse... sin abrigo y con este vestido ligero... Venga, vamos a entrar y a sentarnos en el vestíbulo... —A todo esto, suelta con cuidado el brazo—. Venga, nena. Christine lo mira con fijeza. De pronto, el llanto se detiene. No ha oído ni entendido nada. Pero en medio de su desesperación sin sentido, en su estado tembloroso e inconsciente, su cuerpo ha percibido que el brazo cálido y cariñoso se ha apartado de ella tímidamente. El cuerpo ha comprendido primero lo que el instinto y luego el cerebro reconocen aterrorizados: que este hombre se aparta de ella, que es cobarde y prudente y tiene miedo, que todo el mundo quiere quitársela de encima, todo el mundo. Se despierta de su embriaguez, toma impulso y declara con tono conciso y agudo: —Gracias. Gracias. Ya iré sola. Perdóneme, pero no me sentí bien por un momento. Mi tía tiene razón cuando dice que el aire de altura no me conviene. El ingeniero trata de decir algo. Pero sin preocuparse de él, Christine se adelanta con pasos decididos y con los hombros rígidos. No ver nunca más su cara, no ver nunca más a nadie, lejos de aquí, lejos, lejos, no humillarse nunca más ante estos hombres cobardes, arrogantes y saturados, no dejarse regalar nada, no dejarse engañar nunca más, no traicionarse nunca más, a nadie, lejos de aquí, lejos, es preferible reventar, morir en un rincón. Y mientras recorre el edificio idolatrado, el salón amado, pasa junto a personas que parecen piedras pintadas y adornadas, ya sólo siente una cosa:

odio contra él, contra todos los allí presentes, contra todo el mundo. Christine permanece toda la noche sentada sin moverse delante de la mesa. Sus pensamientos giran sordamente en torno a un único sentimiento: todo ha acabado. No es un dolor claro y tangible, sino sólo un estado de aturdimiento bajo cuya superficie siente ocurrir algo doloroso, como cuando una persona percibe de forma vaga, a través de la anestesia, el bisturí ardiente que le corta la carne. Porque algo ocurre mientras ella permanece sentada, muda, con los ojos como dos agujeros vacíos clavados en la mesa, algo que su conciencia paralizada no entiende y que es lo siguiente: la personalidad nueva, esa personalidad doble y artificial de los nueve fantásticos días, esa señorita Von Boolean, tan irreal como real, vuelve a morir en ella. Aún está sentada en la habitación de la otra, tiene el cuerpo de la otra, las perlas alrededor del cuello helado, un toque nítido de carmín en los labios, el vestido de noche ligero cual libélula sobre los hombros, pero el vestido ya se agita como algo extraño sobre el cuerpo y se asemeja a la sábana que cubre un cadáver. Ya no le pertenece; nada de este lugar, de este mundo diferente, superior y más dichoso le pertenece ya, todo vuelve a parecer extraño y prestado como el primer día. A su lado se halla, blanca, la cama cubierta de un edredón fino y perfectamente doblado, blando y cálido y adornado de flores, pero Christine no se acuesta: la cama ya no le pertenece. Brillan a su alrededor los muebles y respira muda la alfombra, pero ella ya no considera suya toda esa parafernalia de seda, latón y vidrio, como tampoco el guante en las manos ni las perlas en torno al cuello. Todo pertenece a la otra, a esa doble asesinada, a esa Christine von Boolean que ella ya no es y sin embargo sigue siendo. Una y otra vez intenta apartar el pensamiento de aquel yo artificial y volver a su yo real; se obliga a recordar a su madre enferma o quizá muerta, pero por mucho que se violente para encauzar hacia allá el sentimiento, no consigue sentir dolor ni preocupación porque un único sentimiento lo inunda todo, la ira. Una ira sorda, crispada e impotente gruñe, incapaz de salir, en su prisión, una ira incommensurable: no sabe contra quién, si contra la tía, si contra la madre, si contra el destino. Es la ira de una persona que ha sufrido una injusticia. Su alma atormentada sólo siente que le han quitado algo, que debe salir de este yo dichoso e inspirado e introducirse en una larva ciega que se arrastra por el suelo; sólo siente que algo ha acabado, que ha muerto de manera irrevocable. Así pasa la noche, sentada en su silla de madera y congelada en su ira. No oye a través de las puertas tapizadas la vida de los otros en la casa, el respirar despreocupado de quienes duermen, el gemido de los amantes, las quejas de los enfermos, el deambular inquieto de los insomnes, no oye el viento a través de la puerta de vidrio cerrada, sólo se percibe a sí misma, su soledad en la habitación, en la casa, en el universo, un trozo de carne trémula que respira, todavía caliente como un dedo arrancado y, sin embargo, desprovisto de fuerza y de sentido. Es un momento durísimo, un morir-en-sí, un enfriarse y congelarse trozo a trozo, y ella permanece sentada, rígida, cual si auscultara su interior a la espera del momento en que deje de palpitar, por fin, el corazón cálido y latiente de la señorita Von Boolean. La mañana llega al cabo de mil años. Los criados barren de forma claramente audible los pasillos y el jardinero escarba abajo la gravilla: empieza, ineludible, el día real, el fin, el viaje. Es hora de hacer la maleta, de marcharse, de ser la otra, la ayudante de correos Hoflehner de Klein-Reiffing, de olvidar a aquella cuya respiración se mecía en ondas pequeñas y apenas perceptibles en torno a maravillas perdidas. Sólo al levantarse percibe Christine el entumecimiento de sus miembros y el cansancio mareante del cuerpo: los cuatro pasos imprescindibles para llegar al armario son un viaje de un continente a otro. A duras penas, porque las articulaciones inertes carecen de fuerza, abre la puerta del armario y enseguida se asusta: como una ahorcada blanca y pálida se bambolean allí la falda de Klein-Reiffing y la blusa odiada con las que llegó al hotel; cuando los dedos las sacan de la barra, Christine se estremece con esa sensación de terror que siente cualquiera que toca algo podrido: ¡había de introducirse de nuevo en aquella persona muerta llamada Hoflehner! Pero no le queda otro remedio. Se despoja precipitadamente del vestido de noche que se desliza cintura abajo crujiendo como papel de seda y aparta uno tras otro los otros vestidos, la ropa interior, el jersey, el collar de perlas, los diez o veinte objetos encantadores que recibió en su día: sólo se lleva lo que le fue regalado de forma expresa, un puñado de cosas que caben perfectamente en la miserable maletita de mimbre. Y hacer esta maleta es coser y cantar. ¡Listo! Mira una vez más alrededor. Los vestidos de noche, los zapatos de baile, el cinturón, la camisa rosada, el jersey, los guantes quedan en la cama, sin orden ni concierto como si una explosión hubiera despedazado en cientos de trozos a esa criatura fantasmagórica llamada señorita Von Boolean. Temblando de terror, Christine contempla los restos del fantasma que fue. Luego mira alrededor por si ha olvidado algo, algo que le pertenezca: otros dormirán en esta cama, otros mirarán por la ventana para contemplar el paisaje dorado, otros se reflejarán en el vidrio lustroso, y ella nunca más, ¡nunca más! No es una despedida, sino una especie de muerte. Los pasillos están todavía vacíos cuando sale con la vieja maletita en la mano. Se dirige automáticamente a la escalera. Pero, con su pobre vestido, tiene la sensación de que ella, Christine Hoflehner, ya no tiene derecho a bajar esa escalera señorial, esos escalones cubiertos de alfombras y enmarcados por latón: tímida, prefiere tomar la escalera de caracol de hierro situada junto al cuarto de servicio. Abajo, en el vestíbulo gris y sólo arreglado a medias, el portero de noche se despierta sobresaltado y mira con

desconfianza. ¿Qué ha pasado? Una joven mediocrementemente, por no decir pésimamente vestida, con una maleta impresentable en la mano, se desliza, a todas luces avergonzada, como una sombra hacia la salida. No quiere presentarse ante él. ¡Oiga! El hombre sale de un salto desde detrás del mostrador y bloquea la puerta giratoria con el hombro. — ¿Adonde va, si puedo saber? — Me marcho en el tren de las siete. El portero la mira perplejo: es la primera vez que un huésped, y una dama para colmo, pretende llevar personalmente la maleta a la estación. Enseguida sospecha un engaño: — ¿Me da el número de su habitación, por favor? Ahora entiende Christine. Vaya... el hombre me toma por una intrusa... y, a decir verdad, con toda la razón, porque ¿qué soy yo si no? Así pues, la sospecha no la irrita, sino todo lo contrario: siente un placer maligno de ser azotada en su honor, de ser maltratada en su humillación. Ponédmelo difícil, ponedme obstáculos... ¡tanto mejor! Así pues, responde con calma: — He estado en la habitación 286, por cuenta de mi tío Anthony van Boolean, de la habitación 281. Mi nombre es Christine Hoflehner. — Un momento, por favor. El portero de noche desbloquea la puerta, pero no pierde de vista a la sospechosa, (ella lo percibe). Así no puede escapar mientras él consulta el libro. Luego, de golpe, cambia de tono; se inclina nerviosamente y dice con suma cortesía: — Oh, estimada señorita, le pido mil veces perdón, pero es que acabo de ver que el portero de día ya estaba informado de su partida... Yo sólo he pensado que era muy temprano... y además... no llevará usted la maleta. El automóvil la conducirá a la estación veinte minutos antes de la salida del tren. Vaya, por favor, al comedor, que la señorita aún tiene tiempo para desayunar. — No, yo ya no tomo nada. ¡Adiós! Christine sale sin mirar atrás, hacia el hombre que se queda pasmado y vuelve luego al mostrador sacudiendo la cabeza. Yo ya no tomo nada. Esta frase le sienta bien. Nada de nadie. Con la maleta en una mano y con el paraguas en la otra, con los ojos clavados en el camino, se dirige a la estación. Las montañas ya se ven claras, las nubes se mueven inquietas, en un instante irrumpirá el azul genciana de Engadina, el azul divino, indescriptible y amado, pero Christine, agachada de manera enfermiza, sólo tiene ojos para el camino: no ver más nada, ni dejarse regalar nada, de nadie, ni siquiera de Dios. No dirigir la mirada a nada, no recordar que de ahora hasta la eternidad estas montañas pertenecerán a otros, y a otros las pistas deportivas y sus juegos, los hoteles y sus habitaciones lustrosas, las avalanchas retumbantes y los bosques respirantes. Nada de ello será para ella, ¡nunca más, nunca más! Aparta la vista al pasar junto a las pistas de tenis donde — ella lo sabe — otros, bronceados, con trajes blancos y luminosos, con el cigarrillo en la boca, moverán vanamente sus miembros ágiles y ligeros; lo mismo hace al pasar junto a las tiendas aún cerradas repletas de miles de exquisiteces, (para otros, para otros), junto a los hoteles y bazares y pastelerías, al pasar con su impermeable barato y su viejo paraguas, rumbo a la estación, a la estación. Lejos de aquí, lejos. No ver más nada, no recordar más nada. Una vez en la estación, se esconde en la sala de espera de la tercera clase. Allí en la eterna tercera clase, siempre la misma en todas las partes del mundo, con sus bancos sin revestir, con su miserable indiferencia, se siente casi como en casa, y sólo sale a toda prisa cuando el tren entra en la estación: que nadie la vea, que nadie la reconozca. Pero en ese instante — ¿será una alucinación? — oye de pronto su nombre: Hoflehner, Hoflehner. Alguien grita (¿será posible?) su apellido odiado y recorre el tren. Christine tiembla. ¿Querrán burlarse de ella a modo de despedida? Pero el grito se repite con toda claridad, de suerte que saca la cabeza por la ventanilla: allí está el portero y agita en la mano un telegrama. Le pide perdón, que el despacho llegó anoche, dice, pero el portero de noche no sabía qué hacer con él y sólo se enteró ahora de que la señorita se marchaba. Christine abre el telegrama. «Repentino empeoramiento, venga enseguida, Fuchsthaler.» En eso el tren se pone en marcha... y todo ha pasado. Todo. Toda materia contiene cierta cantidad de tensión por encima de la cual no admite una intensidad mayor; así, el agua tiene su grado de ebullición, los metales, su punto de fusión, y tampoco los elementos del alma logran eludir esta ley irrefutable. La alegría puede alcanzar un grado tras el cual cualquier añadido resulta imperceptible, y otro tanto ocurre con el dolor, la desesperación, el abatimiento, el asco y el miedo. Una vez llena hasta el borde, la vasija interna no admite ni una gota más de mundo. Por eso, Christine no siente ningún dolor al leer el telegrama. En la superficie de la conciencia sabe claramente que debería asustarse, alarmarse y preocuparse, pero a pesar de esta intervención del cerebro despierto, el sentimiento no funciona: no toma nota de la comunicación y no contesta. Es como cuando el médico clava una aguja en una pierna mortificada: el enfermo ve la aguja, sabe perfectamente que es puntiaguda y que está ardiendo: cuando penetra, dolerá enseguida, dolerá terriblemente, y el hombre ya se tensa, preparado para concentrar las articulaciones en el momento desgarrador del tormento. Pero la aguja ardiente penetra y el nervio muerto, no contesta, y el parálisis reconoce, aterrado, que hay algo insensible allá abajo en el cuerpo, que lleva un trozo de muerte en su cálida carne. Ese mismo terror siente Christine, al leer una y otra vez la hoja, ante su propia indiferencia. La madre está enferma, y su situación es sin duda desesperada porque de lo contrario ellos, tan ahorrativos, jamás habrían gastado dinero en un telegrama. Tal vez esté muerta. Es incluso muy probable. Pero ni un solo dedo tiembla ante este pensamiento (que el día anterior la habría tumbado), y el músculo que bombea el agua de las lágrimas entre los párpados, no levanta su palanca. Todo

permanece rígido, y esa rigidez se transmite de ella a cuanto la rodea. No percibe que el tren corre marcando el compás debajo de ella ni que hay hombres de mofletes colorados sentados, comiendo embutido y riendo, en el banco de madera frente a ella, ni que las rocas se alzan y se agachan una y otra vez al otro lado de la ventana para convertirse en colinas floridas y bañan sus pies en torrentes blancos como la leche alpina: todas estas vistas, vividas en el viaje de ida como una creación llena de vida y estimulante para los sentidos, se alzan ahora rígidas ante sus ojos igualmente inmóviles. El cuerpo sólo siente algo cuando el funcionario encargado de revisar los pasaportes la espabila con su importunidad: siente el deseo de beber algo caliente. Algo que descongele un poco el frío intenso y terrorífico, que relaje la garganta atascada y aparentemente hinchada, de tal modo que pueda respirar por fin y sacar todo con un suspiro. Se dirige al bar y bebe una taza de té bien caliente con ron. La bebida penetra en la sangre y anima hasta las células rígidas arriba en el cerebro; recupera la capacidad de pensar, y enseguida recuerda que debe telegrafiar a casa para anunciar su llegada. Ahí mismo a la derecha, dice el portero y añade que hay tiempo suficiente. Christine busca la ventanilla. El vidrio está bajado. Llama. Desde el interior se oyen unos pasos que se arrastran de mal humor, y la ventanilla se levanta con estrépito. — ¿Qué desea? — pregunta un rostro femenino gris y avinagrado, provisto de gafas. Christine, aterrada, no puede contestar enseguida. Pues tiene la sensación de que esa vieja solterona anquilosada y acartonada, con gafas metálicas ante unos ojos apagados, de dedos apergaminados que en ese preciso momento ofrecen automáticamente un formulario, será en diez o veinte años ella misma; un espejo diabólico se ha encargado de mostrarle su propia persona con la forma de un fantasma de ayudante de correos; su mano tiembla con tal intensidad que apenas puede escribir. Soy yo, así seré yo, piensa estremeciéndose y mirando una y otra vez de soslayo a esa mujer flaca y extraña que, con el lápiz en la mano, espera pacientemente inclinada al otro lado del mostrador. ¡Oh, ella conoce aquel gesto, la monotonía de aquellos minutos, y sabe cómo se muere en cada uno de ellos para envejecer inútilmente, desdichada y desgastada como este fantasma en el espejo! Con las rodillas temblorosas, Christine se arrastra de nuevo hasta el tren. Un sudor frío le cubre la frente como a alguien que, soñando, se ha visto tumbado en un ataúd y se despierta con un grito desesperado de terror. En Sankt Pölten, cansada tras haber viajado toda la noche sin pegar ojo, Christine saca sus miembros doloridos del tren y enseguida ve a alguien que cruza las vías y se dirige hacia ella: el maestro Fuchsthaler, que debe de haber esperado toda la noche. Christine se entera de todo a primera vista: el hombre va vestido de luto, lleva una corbata negra, y cuando ella le extiende la mano, él se la estrecha con expresión compasiva y sus ojos la contemplan emocionados e impotentes desde detrás de las gafas. Christine no pregunta nada; la timidez del maestro lo ha dicho todo. Sin embargo, aunque parezca extraño, no se estremece. No siente dolor ni sorpresa ni emoción. La madre ha muerto. A lo mejor es bueno haber muerto. En el tren de cercanías, rumbo a Klein-Reiffing, Fuchsthaler relata de forma prolija y considerada las últimas horas de la madre. Tiene cara de no haber dormido, presenta un aspecto gris en medio de la mañana gris, con barba de varios días y el traje arrugado y lleno de polvo. Cada día iba tres o cuatro veces a ver a la madre, todo por Christine; la velaba, también por Christine. Un entrañable amigo, dice ella para sus adentros. Pero ojalá acabe pronto, ojalá se quede tranquilo y la deje en paz, la deje de acribillar con esa voz meliflua y sentimental y con esos dientes mal empastados. Siente una sensación física de repugnancia hacia ese hombre antes tan simpático, una repugnancia de la que se avergüenza en vano y que no puede menos de percibir en los labios como bilis. Sin querer establecer comparaciones, lo compara con los hombres de allá, con aquellos caballeros ágiles, de manos cuidadas y chaquetas entalladas; con una suerte de curiosidad maligna contempla los ridículos detalles de su vestimenta de luto, la chaqueta negra vuelta a ojos vistas, los codos gastados y la corbata negra recién comprada sobre la camisa sucia y barata. Ese hombrecito seco vestido de luto, ese maestro rural de orejas gachas y cadavéricas, de raya mal trazada en el pelo ralo, de gafas metálicas ante unos ojos de color azul pálido orlados de rojo, le parece de pronto un pequeño burgués insoportable, ridículo a más no poder, con su cara de musaraña apergaminada sobre el cuello de celuloide amarillo y arrugado. ¿Y éste quería... éste...? Nunca, piensa Christine, ¡jamás! Imposible entregarse o dejarse tocar por la ternura indigna, pusilánime y temblorosa de este candidato a párroco disfrazado. ¡Imposible! La mera idea le provoca tal náusea que está a punto de vomitar. — ¿Qué le pasa? — pregunta Fuchsthaler preocupado. Se ha percatado de que una repentina convulsión recorre el cuerpo de Christine. — Nada... nada... sólo creo que estoy cansada. Ahora no puedo hablar. ¡Ni escuchar! Christine se reclina y cierra los ojos. Se siente mejor apenas no tiene que verlo ni oír esa voz blanda, consoladora e insoportable precisamente por su humildad. Es una vergüenza, piensa ella, es tan bueno conmigo y se sacrifica. Pero ya no puedo ni verlo, no lo soporto, es algo que me supera. ¡Nunca más una persona así! ¡Nunca más hombres como él! ¡Jamás! El párroco suelta un sermón rápido junto a la tumba abierta, pues la lluvia cae densa y vertical. Impacientes, con las palas en la mano, los sepultureros pisotean el barro grueso. El chaparrón se torna más intenso, el sacerdote se da cada vez más prisa, por fin pasa todo, y las catorce personas que han acompañado a la anciana al cementerio vuelven

casi corriendo y sin decir palabra al pueblo. Christine siente de pronto terror ante sí misma porque durante toda la ceremonia pensaba obsesivamente en detalles molestos e insignificantes en vez de sentirse conmovida: que no lleva chanclos, que debía haberlos comprado el año anterior, pero su madre le dijo que no era necesario, que ella le prestaba los suyos. Que el cuello levantado del abrigo de Fuchsthaler se muestra raído y gastado en su borde interior. Que su cuñado Franz ha engordado y respira como un asmático cuando camina con rapidez, que el paraguas de su cuñada está desgarrado y que habría que ponerle tela nueva. Que la tendera no mandó corona alguna, sino que se limitó a unas flores semimarchitas del jardín anterior de su casa, que juntó con un alambre. Que el panadero Herdlitschka mandó hacer un letrero nuevo durante su ausencia: todo lo sórdido, molesto e insignificante de ese pequeño mundo penetra en ella con su anzuelo puntiagudo y la atormenta de tal manera que se queda sin sensibilidad para el verdadero dolor interno. El duelo se despide delante de su vivienda y todos se desperdigán corriendo a paso rápido, salpicados de barro y provistos de enormes paraguas, hacia sus casas: sólo la hermana, el cuñado, la viuda del hermano y el carpintero con que se casó luego suben las escaleras acompañados de sus crujidos. La habitación sólo cuenta con cuatro asientos, y son cinco: por tanto, Christine se queda sin silla. El espacio, estrecho y sombrío, resulta agobiante. Huele a humedad y a aire viciado por los abrigos húmedos colgados y por los paraguas que gotean; la lluvia golpea las ventanas, y la cama de la difunta espera gris y vacía a la sombra. Nadie abre la boca. Christine rompe el hielo: — ¿Vais a tomar un café, no? — Sí, Christine — responde el cuñado —, algo caliente nos hará bien. Pero tendrás que prepararlo rápido porque no nos quedaremos mucho rato. El tren sale a las cinco. Ahora, con el cigarrillo en la boca, respira aliviado. El funcionario municipal, hombre jovial y bonachón que ya en su época de sargento mayor destinado a la impedimenta durante la guerra se echó una panza que luego creció rápidamente en el período de paz, se siente cada vez más incómodo cuando no está en casa y en mangas de camisa; durante la ceremonia se esforzó por poner cara de circunstancias y mantenerse erguido, pero ahora se desabotona la chaqueta negra con la que parece disfrazado y se reclina con abandono en la silla: — Fue una buena idea no traer a los niños. Dicen que deben acudir al entierro de la abuela, pero yo enseguida dije que no conviene mostrar algo tan triste a los niños porque no lo entienden. Y además, el viaje de ida y vuelta es demasiado caro, cuesta una fanegada de dinero, y en estos tiempos... Christine tritura frenéticamente los granos de café con el molinillo. Hace cinco horas que ha llegado y ya ha oído diez veces las palabras «demasiado caro», malditas y odiadas. Según Fuchsthaler, habría sido demasiado caro llamar al director del hospital de Sankt Pölten y de todos modos no habría podido hacer nada; la cuñada dijo que prefería no pedir una cruz de piedra para la tumba, «porque era demasiado caro», y las mismas palabras pronunció la hermana al referirse a las misas de difuntos, y ahora el cuñado en referencia al viaje. A todos les gotean de los labios sin cesar como aquella lluvia que gotea del alero en el exterior y se lleva toda la alegría. Y volverán a gotear y a golpear cada día: ¡demasiado caro, demasiado caro, demasiado caro! Christine tiembla y con mano enfurecida descarga su rabia en el molinillo, que rechina: ¡irse, irse, no oír más nada, no ver más nada! Mientras, los demás permanecen sentados a la espera del café y tratan de conversar. El hombre que se casó con la viuda del hermano, un insignificante carpintero del barrio de Favoriten en Viena, se mantiene humilde y encogido entre sus parientes políticos; no conocía a la anciana; la conversación avanza a trancas y barrancas entre preguntas y respuestas y se detiene una y otra vez como si una roca le obstaculizara el paso. Por fin los interrumpe el café, Christine sirve cuatro tazas, pues no tiene más, y se dirige de nuevo a la ventana. La agobia el silencio cohibido y extrañamente contenido de los cuatro, que oculta con torpeza una única idea. Sabe lo que vendrá, lo percibe con los nervios; fuera, en el recibidor, ya ha visto que cada uno traía dos mochilas vacías. Sabe perfectamente lo que vendrá y la repugnancia la ahoga. Por último, el cuñado empieza con su voz jovial: — ¡Vaya lluvia más asquerosa! Y Nelly, con lo olvidadiza que es, ni siquiera ha traído el paraguas. De hecho, lo más sencillo sería que le des el de tu madre, Christine. ¿O lo necesitas tú? — No — responde Christine, temblando, desde la ventana. Ahora viene, viene enseguida, venga, ¡rápido, rápido! — Por cierto — interviene la hermana, como si el golpe estuviese planeado —, ¿no sería mejor repartir las cosas de mamá ahora mismo? Quién sabe cuándo nos reuniremos de nuevo, Franz tiene tanto trabajo y usted — añade dirigiéndose al carpintero — seguramente también. Y venir expresamente aquí no vale la pena y cuesta dinero. Creo que lo mejor es repartir las cosas ahora mismo... ¿te parece, Christine? — Por supuesto — su voz se ha vuelto áspera de golpe —. Sólo os pido que repartáis todo entre vosotros. Tenéis hijos y podréis utilizar mucho mejor las cosas de mamá. Yo no las necesito y no aceptaré nada. Repartíos todo entre vosotros. Abre el armario, saca unos vestidos desgastados y, como no hay otro sitio en la estrecha buhardilla, los pone sobre la cama de la difunta (que ayer todavía estaba caliente). No es mucho: un poco de ropa, el viejo abrigo de piel de zorro, el abrigo remendado, un mantón de lana, un bastón con mango de marfil, un pequeño reloj de plata con cadena, un rosario y el medallón de esmalte de Maria Zell, luego medias, zapatos, pantuflas de fieltro, luego la ropa interior, un abanico viejo, un sombrero estrujado y el devocionario manoseado. No olvida nada, pues la anciana poseía tan poca

cosa, y después se vuelve hacia la ventana y contempla la lluvia. Las dos mujeres empiezan a hablar en voz baja detrás de ella, a tasar cada una de las piezas y a llegar a acuerdos. La hermana pone lo que le corresponde en la parte derecha de la cama de la difunta y la cuñada coloca lo suyo en la parte izquierda, de modo que entremedio queda una pared invisible, una línea fronteriza. Christine respira pegada a la ventana. Oye, por mucho que hablen en voz baja, el regateo calculador de detrás y ve de reojo los dedos de las mujeres a pesar de dar la espalda a la cama de la fallecida. La compasión se mezcla con su ira ardiente. «Qué pobres que son, qué terriblemente pobres, y ni siquiera lo intuyen. Comparten unos trastos que otros ni siquiera empujarían con los pies; estos viejos rollos de franela, estos zapatos desgastados, estos trapos absolutamente ridículos son valiosísimos para ellas. ¡Qué saben, qué intuyen ellas del mundo! Pero tal vez sea mejor no saber cuán pobre se es, cuán asquerosamente pobre y miserable.» El cuñado se le acerca: —Pero vamos a ver, Christine, no puede ser que no cojas nada. Debes quedarte con algún recuerdo de tu madre, con el reloj quizá, o al menos con la cadena. —No —responde ella con dureza— yo no quiero nada ni acepto nada. Vosotros tenéis a los niños, y entonces sí tiene sentido. Yo no necesito nada... no necesito nada más. Cuando se da la vuelta, todo ha pasado, la cuñada y la hermana han embalado cada una su parte y las han metido en sus respectivas mochilas. Es el momento del entierro definitivo de la fallecida. Los cuatro permanecen de pie, turbados y un tanto avergonzados; contentos de haber cerrado el penoso negocio de manera tan rápida y armoniosa, se sienten, no obstante, incómodos. Ahora, antes de que salga el tren, deberían pronunciar algunas palabras solemnes para disipar el recuerdo de la transacción o, en general, hablar como corresponde a unos parientes. Al final, el cuñado se acuerda y pregunta a Christine: —Oye, que no has contado nada, ¿cómo te fue allá arriba en Suiza? —Muy bien —suelta ella con un sonido que parece una hoja de afeitar salida de entre los dientes. —Ya lo creo —suspira el cuñado—, allí nos gustaría ir. ¡Ay, viajar! Pero uno que tiene mujer y dos hijos no se puede permitir tales lujos; ¡sería demasiado caro y en una zona tan elegante para colmo! Oye, ¿cuánto cuesta una noche en vuestro hotel? —No lo sé —responde Christine haciendo un último esfuerzo por respirar. Tiene la sensación de que los nervios le van a estallar en el acto. ¡Ojalá se marchen! Por fortuna, Franz mira el reloj. — ¡Caray, es hora de subirse al tren! Tenemos que ir a la estación. Pero Christine, nada de cortesías superfluas, que con este tiempo no tienes por qué acompañarnos. Mejor te quedas aquí y vienes un día de estos a Viena. Ahora que mamá ha muerto, la cuestión es mantenernos unidos. —Sí, sí —dice Christine con un tono extraño e impaciente y sólo los acompaña hasta la puerta. La escalera de madera cruje bajo los pasos pesados, pues cada uno lleva algo al hombro o en la mano. Por fin se han ido. No bien han abandonado la casa, Christine abre la ventana de un tirón. El olor la asfixia: el olor a humo frío de cigarrillos, a mala comida, a ropa húmeda, el olor a espanto y a preocupación y a los suspiros de la anciana, el olor espantoso de la pobreza. Es terrible tener que vivir aquí. ¿Para qué y para quién? Para qué respirar todo esto día tras día y saber que en algún lugar existe otro mundo, el mundo real, y en ella misma, además, otra persona que se ahoga como un envenenado en este tufo. Sus nervios tiemblan y palpitan. De golpe, se arroja vestida sobre la cama y clava los dientes en la almohada para no soltar un llanto de odio impotente y punzante. Porque de pronto odia todo y a todos, a sí misma y a los otros, la riqueza y la pobreza, toda la vida dura, insoportable e incomprensible. —Vaya chavala más tonta y engreída. —El tendero Michael Pointner sale dando un portazo—. Es increíble lo que se permite esta presumida. Es un mal bicho. —Venga, venga, ¿por qué tan nervioso, qué te pasa? —lo tranquiliza con una amplia sonrisa el panadero Herdlitschka, que lo esperaba delante de la oficina de correos—. ¿Te ha mordido alguien? —Porque es verdad. Vaya insolencia, no he visto a nadie igual a esta zorra pretenciosa. Ahora siempre se le ocurre algo diferente. Que esto no le parece bien, y esto otro tampoco, y así sucesivamente. Lo único que quiere es fastidiar y presumir. Antes de ayer no le gustó que escribiera la nota de envío de un paquete de velas con lápiz de tinta en vez de hacerlo con tinta. Y hoy se manda un discurso diciendo que ella no está obligada a admitir paquetes mal embalados, que la responsabilidad es de ella y que tal y que cual. Que se vaya a freír espárragos con su responsabilidad, porque, a fe mía, yo ya enviaba miles de paquetes desde aquí cuando esta gansa todavía hurgaba en el estiércol con su morro insolente. Y el tono que le pone al asunto, un tono de desprecio, hablando un alemán «fino» para mostrarnos que somos una mierda comparados con ella. Con quién cree que está hablando. Pero ya me he hartado. Conmigo no juega. Los ojos del gordo Herdlitschka ríen y expresan alegría por el mal ajeno. —A lo mejor es eso lo que quiere, con lo guapo que eres. Nadie entiende a estas solteronas involuntarias. Tal vez le gustas y por eso te fastidia. —No me vengas con bromas tontas —gruñe el tendero—, que no soy el único con quien se da pote. Ayer mismo, el administrador de la fábrica del otro lado me dijo que lo regañó por permitirse una bromita. «Le prohíbo que me hable así porque estoy de servicio», como si él fuera un lustrabotas. Pero tú confía en mí, que ya le voy a bajar los humos. Tendrá que cambiar de tono conmigo porque de lo contrario las va a pasar canutas, aunque yo tenga que ir a pie de aquí a Viena para acudir a la dirección de correos. El bueno de Pointner tiene razón. Algo le pasa a la ayudante de correos Christine Hoflehner, y todo el pueblo lo sabe desde hace dos

semanas. Al principio nadie decía nada... Dios mío, a la pobre chica se le ha muerto la madre. Al principio creían que la muerte la había afectado sobremanera. El párroco pasó dos veces a consolarla, Fuchsthaler preguntaba cada día si podía ayudarle, la vecina quería visitarla cada noche para hacerle compañía, y la dueña del «Buey Dorado» incluso le ofreció una habitación en su hostel, con pensión completa, para que no tuviese que hacerse cargo de las tareas domésticas. Pero ni siquiera se dignó a dar una respuesta correcta. Algo le pasa a la ayudante de correos Christine Hoflehner, pues ya no suele acudir, una vez a la semana como siempre, a la coral y aduce una ronquera. Hace tres semanas que no va a la iglesia, y ni siquiera ha pedido que se celebre una misa en memoria de su madre. A Fuchsthaler, que quiere leerle en voz alta, le dice que le duele la cabeza, y cuando la invita a un paseo, afirma estar cansada. No se acerca a nadie, cuando compra hace como si perdiera el tren y no habla con nadie, y en la oficina se muestra siempre antipática, taciturna y fastidiosa. Algo le ha ocurrido, y ella misma lo sabe. Como si alguien le hubiera puesto gotas de algo acre, amargo y maligno en los ojos mientras dormía: así contempla de pronto el mundo, pues todo le parece feo, hostil y malvado desde que lo ve de manera maligna y hostil. Empieza el día con rencor. Cuando abre los ojos después de dormir, su mirada tropieza con la viga torcida y cubierta de humo de la buhardilla. Todo en aquel espacio le resulta odioso: la vieja cama, la manta de mala calidad, la silla de paja trenzada, el tocador y el jarro con asa resquebrajado, el papel pintado reblandecido, el entarimado de madera: querría cerrar los ojos y sumergirse de nuevo en la oscuridad. Pero el despertador no lo permite y rechina, estridente, en los oídos. Se levanta furiosa, se viste furiosa, se pone vieja, el vestido negro y repugnante. Es consciente de la manga descosida, pero no le molesta. No coge la aguja para remendarla. ¿Para qué? ¿Para quién? Demasiado bien va vestida para estos patanes. La cuestión es salir a toda prisa de aquel lugar horrible y dirigirse a la oficina. Pero la oficina ya no es lo que era. Ya no es aquel espacio tranquilo e indiferente en que las horas parecían rodar como ruedas, sin hacer ruido. Cuando gira la llave y entra en el cuarto sumido en un silencio terrible que da la impresión de acecharla, piensa de manera involuntaria en la película que vio hace un año. Cadena perpetua se llamaba: un carcelero acompañado de dos policías, un hombre de barba poblada, duro e inaccesible, conducía al prisionero, un muchacho débil y tembloroso, a la celda desnuda provista de barrotes. Aquel día, un escalofrío le recorrió la espalda, como a los otros espectadores, y Christine vuelve a sentir aquel estremecimiento porque ella misma es carcelero y prisionero en una persona. Por primera vez se da cuenta de que también allí hay ventanas enrejadas, por primera vez percibe las paredes blancas, encaladas, del despacho oficial como una prisión. Todas las cosas adquieren un sentido nuevo: mil veces ha visto la silla en que se sienta, mil veces la mesa cubierta de borrones de tinta en que recoge los papeles, mil veces la ventanilla que sube a la hora de comenzar el servicio. Y por primera vez se da cuenta de que el reloj no avanza, sino que se mueve en círculo, de doce a una, de una a dos, y así sucesivamente hasta volver al punto de partida, siguiendo siempre el mismo camino y sin avanzar ni un solo paso: se le da cuerda una y otra vez para el servicio y nunca llega a liberarse, encerrado como está en aquella caja rectangular de color marrón. Cuando Christine se sienta a las ocho de la mañana, ya está agotada: agotada no por lo concluido y realizado, sino por todo cuanto ha de venir, por las mismas cartas de siempre, las mismas preguntas, los mismos gestos, el mismo dinero. Al cabo de un cuarto de hora, el cartero Andreas Hinterföllner, hombre canoso pero siempre de buen humor, trae las cartas para clasificarlas. Antes, Christine lo hacía mecánicamente, pero ahora se queda mirando largo rato las cartas y postales, en particular las dirigidas al castillo de la condesa de Güntersheim. Ésta tiene tres hijas, una de ellas casada con un barón italiano; las otras dos, solteras, viajan con frecuencia por el mundo. Las últimas postales provienen de Sorrento: un mar azul penetra en la costa dibujando amplios arcos. La dirección es del Hôtel de Rome. Christine trata de imaginarse el Hotel de Rome y lo busca en la postal. La condesa ha marcado con una cruz la habitación en un edificio situado en medio de jardines, blanco y luminoso, con amplias terrazas, rodeado de una espaldera de naranjos. Involuntariamente, imagina cómo debe de ser andar por ahí al anochecer cuando el mar envía su brisa fresca y azul y las piedras exhalan el calor acumulado durante el día, andar con... No obstante, es preciso clasificar el correo, seguir y seguir. Hay una carta de París. Enseguida sabe que es de la hija de..., de la que no se cuenta nada bueno. Mantuvo una relación con un judío rico dedicado al negocio del petróleo, luego ejerció de bailarina profesional quién sabe dónde y quizá de otras cosas peores, y ahora cuentan que vive con otro; el hecho es que la carta está remitida desde el Hotel Maurice y el sobre es de lo más elegante. Christine, furiosa, la arroja a un lado. Luego vienen los impresos. Retiene algunos dirigidos a la condesa de Güntersheim: La dama, El mundo elegante, y otras revistas de moda ilustradas. No importa que la condesa las reciba sólo con el correo de la tarde. Cuando reina el silencio en la oficina pública, saca las revistas del sobre y las hojea, mira los vestidos, las fotografías de actores y aristócratas, las cuidadas casas de campo de los lores ingleses, los automóviles de artistas famosos. Siente entrar todo esto por las ventanas de la nariz cual si fuese un perfume; recuerda a todos los personajes, contempla con curiosidad a las mujeres con sus vestidos de noche y casi con pasión a los hombres, esos rostros selectos, rebosantes de lujo o iluminados por la

inteligencia, y le tiemblan los dedos; aparta las revistas y las coge de nuevo, la curiosidad y el odio, el placer y la envidia se entremezclan y se alternan mientras contempla ese mundo del que se siente al mismo tiempo distante y partícipe. Un estremecimiento se produce entonces cada vez que un rudo campesino, con zapatos pesados, la pipa entre los labios, los ojos soñolientos de una vaca, se adentra de pronto en el círculo de las imágenes seductoras y exige unos sellos ante el mostrador; de forma del todo involuntaria, Christine le responde con aspereza: — ¿No se ha dado cuenta de que aquí está prohibido fumar o es que no sabe leer? Ésta y otras lindezas lanza Christine a esa cara de expresión bonachona y perpleja. Ocurre sin que ella sea consciente; es como una necesidad obsesiva de vengarse en este individuo de la fealdad y bajeza del mundo. Luego se avergüenza. Esos pobres diablos no tienen la culpa de ser tan feos, tan incultos, tan sucios debido a su trabajo, tan ahogados en el lodo de la aldea, piensa ella y añade: yo tampoco soy diferente, yo también soy como ellos. Pero su ira va tan ligada a la desesperación que con cualquier pretexto prorrumpe contra su voluntad. Conforme a la ley eterna de la conservación de la energía, debe transmitir de alguna manera la presión, y sólo puede descargarla contra inocentes desde ese único punto de poder, el pequeño y miserable mostrador de la oficina. Arriba, en el otro mundo, vio confirmada su existencia por el hecho de ser deseada y cortejada; aquí, en cambio, no consigue hacerse notar si no es portándose mal y dejando actuar la minúscula porción de poder que le corresponde como funcionaria. Es miserable, es lamentable, es una bajeza darse tono contra esas personas buenas y cándidas, y ella lo sabe, pero el mal libera algo de su ira, aunque sólo sea por unos segundos. Cuando no se presenta la ocasión para descargarla contra personas, la cólera estancada muy en su interior se abalanza contra los mudos objetos. Un hilo no se deja enhebrar: lo rompe. Un cajón no se cierra enseguida: lo empotra con toda su fuerza en el armario. La dirección de correos le ha enviado consignaciones erróneas: en vez de mandar una carta en tono cortés, envía una misiva desafiante. Una comunicación telefónica no funciona en el acto: amenaza a la colega con quejarse enseguida; es lamentable, lo sabe y observa aterrorizada su cambio. Pero no puede evitarlo: de alguna manera debe expulsar su odio al mundo, pues de lo contrario se asfixiaría. Una vez concluidas las horas de servicio, se refugia en su habitación. Antes solía pasear media hora mientras la madre dormía o charlar con la tendera o jugar con los niños de su vecina; ahora se enquistaba y encierra su hostilidad dentro de las cuatro paredes para no reaccionar ante la gente como un perro irritado. No puede ver la calle con sus edificios, direcciones y caras siempre iguales. Ridículas le parecen las mujeres con sus vestidos anchos de algodón, sus pelos grasos con forma de torre, sus manos toscas con anillos; insoportables le resultan los hombres jadeantes y barrigudos; repugnantes los mozos que se hacen los urbícolas y se untan el cabello con pomadas; intolerable la fonda donde huele a cerveza y a tabaco de mala calidad y donde la chica tonta y jamoneta de mejillas coloradas acepta las bromas y manoseos del guardabosque y del agente de la gendarmería. Prefiere encerrarse en la habitación, pero no enciende la luz para no ver las cosas odiadas. Muda, permanece sentada, pensando siempre en lo mismo. Recuerda con una fuerza y nitidez asombrosas y vislumbra innumerables detalles que no sintió ni percibió en medio del ajeteo. Recuerda cada palabra, cada mirada, cada comida, recupera con una intensidad asombrosa los sabores, siente el vino y el licor en los labios. Rememora la sensación que le producía el vestido ligero de seda sobre los hombros desnudos y la suavidad de la cama blanca. Se acuerda de un sinnúmero de cosas: que el pequeño inglés la siguió con extraña perseverancia por el pasillo y se quedó delante de su puerta y ciertas caricias de la chica de Mannheim en el brazo le arden de pronto en la piel como una descarga eléctrica y luego recuerda haber oído que también las mujeres se enamoran unas de otras. Recapitula cada uno de aquellos segundos, horas y días y sólo ahora se da cuenta de la plétora de posibilidades desaprovechadas e inimaginadas de aquella época. Así permanece sentada cada noche, muda y quieta, repasando aquellos días y pensando en cómo era, consciente al mismo tiempo de que ya no es la misma: no quiere saberlo, pero lo sabe. Cuando llaman a la puerta —Fuchsthaler intenta consolarla una y otra vez—, se queda inmóvil, contiene el aliento y respira aliviada cuando oye los pasos bajar por la escalera preñada de crujidos; sus sueños son lo único que le queda y no quiere dárselos a nadie. Agotada por ellos, se tumba luego en la cama y se estremece por el frío y la humedad que se arriman a su piel malacostumbrada. Tirita de frío hasta el punto de que debe poner su ropa y el abrigo encima de la manta. Se duerme tarde, pero no es un sueño apacible pues se llena de visiones fantásticas e inquietantes: va en coche, sube a una velocidad trepidante a las montañas y baja, y en su interior anidan el miedo a caer y, al mismo tiempo, el placer de la velocidad, y un hombre sentado a su lado, el alemán u otro, la sujeta. De pronto se da cuenta aterrorizada de que está desnuda al lado de él, y todos la rodean y rien, el automóvil se detiene de golpe, ella pide a gritos al hombre que lo ponga en marcha, rápido, a toda prisa, con más fuerza, y por fin siente en las entrañas el impulso del motor que ha arrancado y el placer puro y fluente que produce el coche mientras recorre casi volando los campos y se adentra en el bosque oscuro, y ella ya no está desnuda, sino que se arrima al hombre, más y más, hasta que suspira y cree disolverse. Se despierta, débil, agotada, con dolores en los miembros, y ve la buhardilla, las vigas torcidas, cubiertas de humo, carcomidas por los gusanos y llenas de telas de araña, y

entonces se queda tumbada, vacía, exhausta, hasta que suena el despertador, el heraldo inexorable del aliento, y ella se levanta de la cama vieja y odiada para ponerse la ropa vieja y odiada y empezar el día también odiado. Christine soporta cuatro semanas el estado cruel de patológica sobreexcitación provocado por la soledad forzada y maligna. Luego ya no puede más. Se ha consumido la materia de los sueños, ha recordado cada segundo del tiempo vivido y el pasado ya no ofrece aliciente alguno. Cansada, extenuada, con un permanente dolor entre las sienes se dirige al trabajo, que realiza en un estado somnoliento y de semiconciencia. El sueño se le niega por la noche; sus nervios están inquietos en la calma de aquel ataúd rectangular que es la buhardilla, y el cuerpo le arde en la cama fría. Ya no puede soportarlo. Siente el deseo irresistible de ver desde otra ventana una imagen distinta al repugnante letrado del «Buey Dorado», de dormir en otra cama, de tener otras vivencias, de ser otra persona durante unas horas. De repente tiene una idea: saca del cajón los dos billetes de cien francos que le quedaron de la ganancia de su tío en el juego, coge su mejor vestido y los mejores zapatos y, tras concluir el servicio del sábado, se dirige corriendo a la estación y compra un billete a Viena. No sabe por qué viaja a la capital ni sabe claramente lo que quiere. Sólo desea estar lejos, lejos de la aldea, de la oficina, de sí misma, de la persona a cuya existencia está condenada en aquel lugar. Sólo quiere sentir las ruedas rodar debajo de ella, ver luces, ver a personas diferentes, más diáfanas y adornadas. Sentirse otra vez extraña ante el azar, no incrustada en el empedrado como un adoquín. Moverse, percibir el mundo y a sí misma, ser otra y no la de siempre. (*state of alabama amendment 6*).

Audiolibro La Embriaguez De La Metamorfosis Stefan Zweig

3 5

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>